

Año XXX.

Madrid, Jueves 15 de Diciembre de 1910.

Núm. 49



El jesuitismo embadurnando de inmoralidad el globo terráqueo. (L'Asino.=Roma.)

PROPOSICIÓN DE LEY

He aquí la presentada en el Congreso por un diputado conservador:

El párrafo 2.º del art. 482 del Código penal será modificado en estos términos:

«Nadie será penado por calumnia ó injuria sino á querrela de la parte ofendida, salvo cuando la ofensa se dirija contra la autoridad pública ó contra aquellas personas que habiéndola ejercido y cesado en sus funciones sean injuriadas con ocasión de los actos que como tales autoridades ejecutaren; contra corporaciones ó clases determinadas del Estado, y lo dispuesto en el capítulo, 5.º del título III de este libro.»

Palacio del Congreso 5 de Diciembre de 1910.—Manuel de Burgos y Mazo.

Me alegraría que esa proposición de ley prosperase, para que de esta manera pudieran dedicarse tranquilamente los conservadores á envanecerse en la oposición de sus moralizadores negocios de la Vasco-Castellana, la Hispano-Africana, los molinos del Segura, los postes del telégrafo, etc., etc., amenizados con desvalijamientos como el del Banco de Jerez, con fusilamientos como los de Barcelona, y con asesinatos como los de Salamanca, Jumilla, Infesto, Osera, etc., etc., sin temor á que nadie se los recordara.

Y de este modo, el día que volviesen al poder, que no tardaría, de votarse esa ley, podrían proseguir su obra moralizadora hasta conseguir que el nombre de España fuese pronunciado con admiración y respeto hasta en las naciones más salvajes.

Ruego, por lo tanto, á los diputados liberales, republicanos y socialistas que no se opongan á la aprobación de ley tan democrática, y que inmediatamente de haberla votado, se pegue cada uno de ellos un tiro en el mismo salón de Sesiones.

Aunque no. Si esa ley pasara sin haber puesto los liberales en juego todos los medios para impedirlo, la obstrucción inclusive, el pegarse un tiro sería para ellos muerte gloriosa, pues podría atribuirse al remordimiento. Mientras que, viviendo, podrían saborear á diario el desprecio de todos aquellos que los nombraron diputados por creerlos hombres de convicciones, enérgicos y dignos.

Los dedos huéspedes

Se dice que un obrero ha tratado de perpetrar un conato de tentativa de agresión en el Sr. La Cierva.

Con este motivo los conservadores han pretendido aparecer como víctimas de no sé cuántas maquinaciones terroríficas encaminadas á impedirles la vuelta al poder que tanto honraron y enaltecieron encarcelando, desterrando, fusilando y llenando los presidios.

La opinión ha tomado á chacota lo del atentado y lo de las lamentaciones.

Me felicito de que el buen sentido vaya tomando poco á poco parte en la comedia política.

Será la única manera de que acabe pronto á silbidos.



El Pena de Burgos

Corrigiendo muerto á palos.—justicia.

Pedro del Castillo Fernández, oriundo de Riosoco (Valladolid), logró evadirse de esta prisión por temor á volver á ser brutalmente atropellado por los trece feroces gorilas de que se componía la maligna «Ronda Negra».

Esta cuadrilla sustraía, en combinación con los Ayudantes de servicio, Severiano Fernández y José Duque, infinidad de artículos de los talleres de alpargatería y zapatería que los hijos de Miguel Ruiz poseen en esta prisión: suelas, cortes de material, calcetas y algún que otro objeto constituían las raterías de referencia. Pedro ocupaba el cargo de ordenanza en la ayudantía, y era muy querido por todos.

El encargado de la Ronda, Manuel Vallejo Duyos, invitó á que le ayudase á transportar los artículos que, como hemos dicho, robaban del taller á deshoras de la noche mientras la población penal dormía, Pedro negóse á ello, alegando que no quería delinquir nuevamente. En virtud de esta negativa propinárone una tremenda paliza. Colocado en actitud tan amenazadora decidió fugarse, consiguiendo su propósito.

Marchóse á Francia. Pero pronto tuvieron conocimiento de su paradero, y, por el tratado de extradición, condujéronle desde Dax á Burgos.

Tan pronto hizo su aparición, los de la Ronda se afanaron por verle. El director llamóle á su despacho, increpándole y apostrofándole duramente por la evasión de referencia. Pedro, con los ojos bañados en lágrimas, demandó del jefe del establecimiento que no le martirizasen y dijo que estaba dispuesto á purgar la falta cometida.

El Sr. Méndez mandó llamar á su ayudante de servicio, Severiano Fernández, ordenándole en voz baja lo que tenía que hacer. Este y Pedro abandonaron el despacho para conducirlo á una celda; pero en los claustros que conducen á ella esperábanle los trece verdugos garrote en mano. El Severiano hizo la señal convenida, y los trece, ensañándose duramente, diéronle tres recorridos, ocasionándole heridas de consideración... Y no fué esto sólo. El cuerpo del infeliz, magullado por completo, reposaba en la humedad de una lóbrega celda ajena á toda higiene, es decir, sin cama y en el suelo; sin mantas con que arroparse y amarrado en «blanca». Era en los rigores del invierno. Durante varias semanas negáronle la cama y sus alimentos consistían en pan y agua; y por espacio de tres, maltratábanle horriblemente, propinándole varetazos de punta en el pecho.

¿Tenía conocimiento de salvajada tal el facultativo de la prisión, Vicente Méndez Manzano? Sí la tenía. Pedro dirigió una súplica al médico para que lo condujesen á la enfermería.—¿Qué te pasa?—le preguntó.—Vea usted; alumbren con esa lámpara y se dará cuenta de lo que me ocurre.

El médico quedóse asombrado al ver la abundante cantidad de sangre que de la boca de aquel infeliz salía. Súbitamente accedió á lo solicitado; pero antes de que su orden fuera cumplida, comenzó Pedro á pedir auxilio. A las voces, acudieron dos rondeños, y; ¿qué quierres?—le preguntaron.—Que estoy muy malo y deseo ingresar cuanto antes en la enfermería.—¿Muere ahí, me... en tu madre! Pronunciadas estas palabras, apareció Severiano Fernández.

—Menos música con ese; ya me carga tanto abrir y cerrar la puerta, exclamó; y dirigiéndose á aquel sér que yacía en el suelo, bañado en sangre, díjole estas palabras: «¿Qué es lo que quierres, granuja? ¿No te fugaste en mi guardia? Todo cuanto intentes realizar por salir de aquí será en vano. Esta será tu tumba. (Palabras oídas por varios corrigendos, que á la sazón se hallaban reclusos en una celda contigua, y todos y cada uno de ellos declararon todo ante el señor Juez de Instrucción.

Por fin el infortunado joven logró, tras de no pocos esfuerzos, ingresar en la enfermería. Iba moribundo.

Una vez en la enfermería, el trato que recibió fué muy mediano; pero merced á algunos de sus compañeros, que le auxiliaban con lo que podían, pudo durar (aunque con dolores agudísimos) seis meses escasos. Las bocanadas de sangre se repetían continuamente.

El capellán de la prisión, R. P. Urbano Artigas, solía visitarle después de cerrado el economato.

Al cabo, Pedro murió. Pero antes de expirar, en un momento de lucidez que tuvo, nos dijo estas palabras: «Compañeros: Muero asesinado. He suplicado al capellán de la casa que pusiera lo que me ha ocurrido en conocimiento del Sr. Juez, y me ha contestado que sea bueno, que me conformase, que también en el mundo de los vivos hubo un Redentor, y que la delación en la Doctrina de Dios es la que más se castiga. En vosotros está ahora demandar justicia, pues si no lo hacéis, estáis expuestos á que el día de mañana corrais la misma suerte». Callóse, y pocos momentos después falleció. Nuestras lágrimas le dieron la eterna despedida.

Y ahora nosotros deseamos que se nos conteste á estas preguntas: ¿Por qué Pedro del Castillo Fernández fué asesinado tan despiadadamente? ¿Es que el hecho de evadirse es motivo suficiente para privar á un hombre de la existencia?

Aunque se incoó un sumario, en el que se citaron testigos que aportaron pruebas de consideración, no se dictó auto de prisión contra los autores y complicados en tan horrendo asesinato.

Hoy suplicamos al Ministro de Gracia y Justicia que nombre un Juez especial que incoe un nuevo sumario, persuadidos de que de este modo saldrán á relucir la verdad y la justicia.

La verdad, porque se aportarán nuevas pruebas y figurarán nuevos testigos de cargo que antes no tomaron parte ac-

tiva en el asunto, debido al pánico que tenían sembrado la Ronda y los ayudantes de servicio, y temerosos de que, por el mero hecho de relatar la verdad, se les impusieran cruentos martirios.

Y la justicia, porque de las averiguaciones que el Juez especial practique, necesariamente habrá que proceder contra los verdaderos culpables y aplicarles la pena que consigna el vigente Código.

Este bárbaro asesinato, llevado á cabo con tan refinada crueldad, no puede ni debe quedar impune. Lo demanda la justicia. Hay que obrar como la conciencia manda y el deber ordena. Y si no se nos atiende, estamos decididos á publicar los hechos en los principales diarios europeos.

(Aquí seis nombres).

No pongo los nombres de los que me han escrito esa carta, aunque me autorizan para ello, porque no me fío de que en la Dirección General de Penales tomen las medidas necesarias para aclarar y castigar esos hechos horribles.

Al poco tiempo de ser nuevamente nombrado director el Sr. Navarro Reverter, le envié, previo acuerdo, varias cartas que recibí, para que averiguase si era cierto lo que en ellas se denunciaba, y lo corrigiese sin darle publicidad; quise evitar de este modo que cayeran sobre España tantas vergüenzas.

Pero como ese señor no remedió nada, y cada día siguen en aumento los abusos, los atropellos y hasta los crímenes en cárceles y presidios, vuelvo á denunciarlos á la opinión, para ver si se decide de una vez á intervenir en este capital asunto.

Esto no quiere decir que, si un juez me reclamase las cartas, no las pusiera inmediatamente á su disposición. Las conservaré con ese objeto de hoy en adelante.

Se me pide encarecidamente en algunas, que me haga eco de sus quejas y que no los abandone. Lo haré, con estas condiciones: que sean exactas las referencias, y que renuncien en los establecimientos penales al juego, al aguardiente y á los cuchillos. Ya sé que, con raras excepciones, ni jugarían ni beberían, ni tendrían armas si algunos empleados no les facilitasen los medios; pero es preciso renunciar á todo eso en absoluto.

Y el día que esto hagan, acudan á mí, siempre que se vean robados ó maltratados, en la seguridad de que haré lo posible porque se les haga justicia; y creo que lo conseguiré.

Y ya se mirarán mucho los empleados que viven del abuso y del merodeo antes de apelar á procedimientos punibles, sabiendo que todos los reclusos están unidos para producir la queja, exponer la verdad, y probarla y defenderla. A dos ó tres aislados pueden reducirlos al silencio, maltratarlos, asesinarlos... A ciento, ó doscientos, ó quinientos, no.

Resumiendo: en manos de los presos y penados está ya el que acaben las iniquidades consuetudinarias en cárceles y

presidios: orden, disciplina, unión; y valor para exponer las quejas, y para sostener los escasos derechos que las leyes conceden á los que están en su triste situación. Y cuenten con mi ayuda para defenderlos de aquellos que, más que sus guardadores, deberían ser sus compañeros.

Y tengan la seguridad de que los empleados decentes, la mayoría, serán los primeros en alegrarse de que se expulse del Cuerpo ó se meta en presidio á los que contribuyen con su conducta á que se mida á todos por un rasero.

JOSÉ NAKENS

Anda, compañera,
premitan los sielos
que te veas de chica ó la ría,
ó de ama de clérigo.

Me inhibo

Me envían varios amigos de Malpartida de Plasencia una Hoja clerical, en la que se ofrecen siete mil pesetas al que pruebe que las monjas aquellas de Lisboa estaban preñadas, por si quiero averiguarlo, y ganármelas.

Renuncio á la cantidad desde luego, por dos razones muy sencillas:

La primera, porque estando convenido de que lo estaban, sería una estafa, casi un robo, el abusar de la ignorancia ó el fanatismo de los pobrecitos clericales que lo niegan.

Y la segunda, por tener la seguridad de que, después de probado, los clericales no me entregarían la cantidad convenida.

Así es que me inhibo desde luego del asunto.



EL LABRIEGO

Vedle en el campo. Allí lo tenéis luchando día tras día con la tierra que fecunda con su sudor, lo mismo cuando el frío paraliza los músculos y amara el rostro, que cuando el calor abraza la piel y produce vahidos. Allí está trabajando sin descanso «en jornada agotadora y de sol á sol, como en los peores tiempos de la esclavitud» como muy bien dijo el insigne Costa.

Y todo ¿para qué? ¿Qué beneficios le reporta ese trabajo bestial de doce y de catorce horas á veces? Ninguno; el producto de su trabajo no redunda en beneficio suyo. Parte se lo lleva el gobierno, parte el usurero sin entrañas... Para el labriego no queda más que un pequeño residuo.

Y lo que él dice: «Si por fin el dinero que saco de mi trigo, de mi aceite, de mis almendras y de mi vino—y que casi en su totalidad se me lo lleva el recaudador de contribuciones—sirviera para

algo de utilidad pública, tal como para hacer escuelas con arreglo á la pedagógica moderna, para abaratar la vida, para construir pantanos y canales de regadío; si mi dinero se emplease para todo esto, algún beneficio me tocaría... Pero, desgraciadamente, para los que de la tierra dependemos, no sucede así; mi dinero, el dinero de los labriegos, se emplea para llenar la inmensa panza del Madrid oficial, de ese gigantesco tragadero, que nunca se cansa de comer, que todo le parece poco.»

Y el labriego, el infeliz obrero del campo, se pregunta: «¿Y qué me da el gobierno á cambio de mi dinero? ¿Qué gano yo con que trabaje treinta ó cuarenta años seguidos, llevando una vida perra, llena de dolores y sufrimientos, sin esperanzas de redención y viendo la vida cada vez más cara?»

A mis hijos el Estado no los instruye, y si les da instrucción, ésta resulta mezquina y arcaica, y mandada retirar de las naciones cultas. ¿Para esto nació yo y para esto nacieron los que como yo viven? ¿No valdría más morir? No para aquí mi desdicha. No seapuró aún el cáliz de la amargura y de la desdicha labriega.

Llega una guerra, y como las guerras se hacen la mayor parte de las veces, porque así conviene á ciertos personajes y personajillos, hay que ir á tirar tiros por fuerza, y á pelear y luchar con individuos que ningún daño nos han hecho. No es cosa que vayan los ricos. Ellos están en sus casas muy tranquilos, llevando una vida feliz, de teatro y de café concert, de juegos y cocottes. Defenderán á la patria desde la mesa del casino y desde el palco de un teatro. A la guerra deben ir los otros, los incultos, los que no supieron hacerse ricos, los descamisados...

Y claro, como éstos á que los ricos aluden, son los nuestros, son nuestros hijos, éstos son los que hacen la guerra y los que á ella van á morir, como si ricos y pobres no hubiesen nacido bajo un mismo cielo, y no tuviesen todos la obligación ineludible de defender á la patria, cuando la patria está en peligro.

Esto no puede continuar así; necesariamente, habrá que emigrar. Habrá que salir á buscar otra tierra mejor, de más justicia y de más libertad.

Esto dice y así habla el labriego. Yo, humilde cronista, le aconsejo que no emigre. Para salir de ese atoladero en que lo puso el régimen, hay otro medio más seguro, otro camino más amplio que el de la emigración. Una nación vecina lo puso hace muy poco en práctica.

Ponlo tú también, infeliz labriego..
RAMÓN CORDURAS

Yo no sé por donde
ni por donde no,
supo el pae cara que guardaba un duro
y me lo birló.

ÚLTIMO ARTÍCULO DE TOLSTOI

La pena de muerte

Me consideraría dichoso si pudiera hacer todo aquello de que soy capaz para combatir la barbarie de la que se muestran contrarios, dolorosa y profun-

damente, los hombres de corazón de nuestro tiempo. Pero no creo que sea necesario hacer una activa propaganda, para que sea eficaz la lucha contra la pena de muerte; no precisa ni describir los horrores de la horca, ni combatir la inmoralidad, la crueldad y la insensatez de la pena de muerte.

No es necesario demostrar los horrores y la inmoralidad de la pena de muerte á los hombres que piensan y que desde su infancia conocen el quinto mandamiento.

Las descripciones de las infamias del patíbulo, sólo podrían impresionar al verdugo; de modo que, ó resultaría difícil encontrar verdugos, ó los Gobiernos vendrían obligados á pagar más caros sus servicios.

Por estos motivos creo que no es práctico mostrar repugnancia ante los asesinos legales, ni descubrir los horrores de las ejecuciones capitales, porque, como ya dijo Kant, existen en la vida humana faltas que ni siquiera pueden ser criticadas.

Lo que importa es iluminar los cerebros humanos para que todo hombre vea la necesidad de volver á la lógica.

¿Como ha de iluminarse el espíritu humano contra la pena de muerte?

Según mi opinión, precisa explicar á los hombres, qué cosa es el hombre en la creación, en que relaciones se halla con el mundo que le circunda, cuál es su destino y enseñarle lo que es lícito y lo que es ilícito.

Si se quiere emprender una lucha contra la pena de muerte, precisa iluminar todas las mentes y principalmente las de los hombres que se sirven de los verdugos y quieren mantenerse en el poder por medio de la horca.

Ya sé que esta labor no es fácil; que los partidarios del patíbulo sienten, por instinto de conservación, que si las mentes se iluminan, no les será posible mantener sus posiciones ventajosas; y para impedir que la luz se propague á todos los hombres, condenarán á los apóstoles á todos los sufrimientos y á todas las privaciones imaginables.

Si queremos combatir sinceramente el principio loco de la pena de muerte, tendremos que recoger, por tanto, todas nuestras fuerzas é iluminar las mentes, resistiendo tenazmente á las persecuciones, á las privaciones y á los dolores, porque esta es la única arma posible para emprender semejante lucha.

LEÓN TOLSTOI

Convento de Optima, 13 Noviembre 1910.

EL MISTERIO DEL PARQUE DE LIVRY

En los tribunales de Pontoise Leirre-Vice se hace gran misterio alrededor de un asunto llamado á tener una gran repercusión.

Hace poco un banquero parisién, Silvestre Paumgartner, que habita en Pa-

rís, barrio de los campos Eliseos, compró el castillo de la célebre marquesa de Lévis, en Livry, que antes de la ley de separación y de expulsión de las Congregaciones en Francia, estaba ocupado por un convento de la orden de los Asuncionistas.

Estos últimos días, practicando excavaciones en los cimientos de una capilla situada en medio del parque, los obreros han descubierto una quincena de esqueletos de jóvenes de quince á dieciséis años, en algunos de los cuales se veían adheridos todavía restos de carne.

Como la capilla ha sido construída hace diez años apenas, estos esqueletos provienen de cadáveres enterrados en este lugar después de esta fecha.

¿De dónde los han llevado y de quiénes son? Misterios. Misterios más asombrosos aún, si es cierto que se ha descubierto en el mismo lugar un subterráneo que une el parque con un antiguo convento vecino.

(De La Petite Gironde).



UNA SEMANA TRÁGICA

OBISPOS Y JESUITAS

Vamos á exhumar algunos recuerdos históricos, que nos pondrán en el secreto de muchas cosas que pasaron en Barcelona en Julio de 1909. Sabido es que allí los revolucionarios protegían las personas y respetaban los fondos; algunos pillastres, sin embargo, se introdujeron entre los revoltosos y robaron, profanaron y cometieron otras demasías, como aquellas del *hombre de los terrados*.

Dijose también que varios curas habían sido sorprendidos infraganti, llevados á la cárcel y luego sustraídos secretamente. Enlazando unos con otros los sucesos, veremos que estas mañas fueron siempre propias de obispos y jesuitas, como se prueba por los documentos judiciales de los Reales Archivos.

Ahora vamos á ver á un obispo acusado por los jesuitas de envenenador, ladrón, profanador, etc., etc. Y veremos, sobre todo, que los obispos tratan á los jesuitas, cuando viene á mano, mucho peor que los revolucionarios, arrojándoles á las fieras. Estos datos figuran en la *Colección general de Documentos tocantes á la persecución de los jesuitas contra el Ilmo. P. Fr. Bernardino de Cárdenas, obispo del Paraguay*.—*Procesos oficiales*.

ESCENA PRIMERA

Por la muerte de D. Diego Escobar Osorio, que sucedió á una bebida que le dió el Obispo, con ocasión de ciertos achaques con que se hallaba (fuese para

brarle de ellos dándole la vida, ó la muerte, que de todo se habla), introduciéndose de hecho el Obispo en el oficio de Gobernador, y Capitán General, comenzó su ejercicio, combocando sus Clérigos, y otros seglares, de quien fué oído, con las promesas que les hizo de repartir en ellos las haciendas de la Compañía, y los Indios que son de su cargo; con cuya codicia, armados, y capitaneados del Obispo dieron de golpe en el Colegio de la Asunción, que en aquella Ciudad tiene la Compañía; y apoderados de él fácilmente, porque su resistencia fué reducirse á una Capilla interior de él, de la Santísima Virgen nuestra Señora, permitiendo su Hijo, que tenía en los brazos, tal violencia para ejercicio de la tolerancia de aquellos Religiosos; y poniendo aquella gente, tan mal conducida del Obispo, las manos violentas en ellos, los sacaron á golpes, y encuentros de aquel su [Sagrado, que debiera serles seguro, por ser su casa, y dedicada á Dios, y los arrojaron á unas Barcas, por donde á elección de las aguas, los dexaron correr á su precisa muerte, si la Divina Providencia, que permite lo uno, no previniera lo otro por sus altos fines, sacándolos á una Isla, donde se hallaron en tan corta distancia de tiempo en mudanza tan grande, como es de su casa, y habitación, en un páramo, y desierto, solo habitado de fieras y animales nocivos, cuando dando el Obispo á saco todo lo que en el Colegio había, fué el estrago tal, que cosa ninguna dejaron sin perdonar lo sagrado, que servía al Culto divino, apoderándose de las imagenes y de sus adornos.

Lámparas de plata, servicio de los altares y Sacristía; y lo más profanando aquel Templo, con tan grandes indecencias, que de palabra y de hecho hacían, que de Templo dedicado á Dios, lo combirtieron en vaso de inmundicias; y pasando de lugar tal, adonde les pareció que podía haber algunas haciendas, ó efectos de la Compañía, corrieron por los campos, haciendo presa en los ganados, que tenía para sustento de sus Religiosos».

Dedico el anterior artículo al agustino Zacarías Martínez, ese que ha dicho que no debe darse crédito á los datos históricos que procedan de *El País* y *El Motín*.

Por la calle arriba,
por la calle abajo,
cómo al «cucaracha» le llamaban padre
todos los muchachos.

Estilo apropiado

El *parroquidermo* de Rivadesella está apenadísimo porque se ha fundado en aquella villa un Círculo Instructivo Obrero, «llamado á pervertir almas», y ha preguntado desde el púlpito, «si no había autoridades que cerrasen tal centro de maldad y descreimiento.»

Y un socio del Círculo, que debe de ser un guasón de primera, le ha dicho desde un periódico:

«Acogí con una irónica sonrisa la referencia de su plática. Y no es que yo me burle de usted, señor cura. Nada de eso; pues á usted lo respeto, por sus hábitos y sus canas; y hasta le estoy agradecido por haberme echado el remojoñ bautismal, que aunque me hubiese costado un resfriado, lo doy por bien merecido, en atención al bien inmenso de quedar limpio de pecado original y en disposición de salvar mi alma.

Y digo que acogí con una sonrisa la referencia de su plática, porque usted, señor cura, sabe bien que los socios del Círculo somos unos pobres muchachos, ansiosos de distraernos y de divertirnos.

El Círculo no tiene matiz político; y lo, hemos fundado porque preferimos eso á ir á empujar el codo en la taberna.

Se conoce, señor cura, que los aspavientos y temores de algunas beatas han influido en usted; pero no se alarme, no se preocupe; que nuestro Círculo ni ha de socavar los cimientos de la sociedad ni siquiera mermarle á usted el importe de una sola pitanza.

En cuanto á las beatas, que andan de coronilla porque aquí sostenemos un Círculo Instructivo Obrero, esas que rabien. Y no sobraría que usted, señor cura, les dijera que atiendan más á sus menesteres caseros y nos dejen en paz, porque lo que ellas pretenden sea servicio de Dios es sencillamente mojigatería y farsa.

¡Así, así!... Sólo con esto, con que se contestase siempre en este estilo á los exabruptos y majaderías clericales, acabarían todas las personas de buen sentido para reírse de esas cosas que llaman sagradas los necios.

Nada de palabras gordas, ni trágicas, ni solemnes, sino en los casos escepcionales. Broma, ironía, carcajadas, y todo se vendrá abajo.

A la mar maéra
y á la tierra huesos,
y pá los curas que entren en mi casa
la vara de fresno.

Y la Redacción de "El Motín"...

Se celebraba la fiesta de la Purísima Concepción en la iglesia del poblado de Benimamed.

Los niños, á quienes Jesús amaba tanto, pero no al estilo de los frailes de ahora, acababan de comulgar como unos benditos.

Las beatas y los beatos mascullaban maniquinalmente sus oraciones.

Todo era calma, dulzura, tranquilidad... Estaban los fieles en la casa de Dios, y, ¿qué habían de temer?

En esto el sacristán, enajenado de fervor religioso, le da un codazo á uno de los cirios que orgullosamente chisporroteaban sobre el altar, y préndese fuego en las sabanillas de la Virgen; y cual si soplara sobre él la boca maldita

de Satanás, córrase instantáneamente á las cortinas y coladuras, y la imagen de la madre del Redentor del mundo queda hecha cisco.

¡Horrible confusión!... ¡Párico terrible!... Asustados los fieles corrian de acá para allá buscando á gritos la salida... Algunos niños fueron pisoteados... Otros se acurrucaron en los rincones... Otros se metieron bajo los bancos...

El templo parecía un puesto del Rastro en domingo, por la variedad de objetos que había esparcidos por el suelo; mantillas, devocionarios, rosarios, silleas, zapatos, enaguas y alguna liga de ¡viva mi dueño! que las mujeres fuertes del Evangelio habían abandonado en su fuga...

Dominado por fin el fuego, vióse que, acaso por milagrosa intervención, los destrozados habían sido de poca importancia: unos cuantos altares destruidos, cuatro santos ídem, dos vírgenes ídem, y varios artefactos piadosos de menor cuantía...

El cura, con ese valor sobrenatural de que dieron muestras en el Circo tantos cristianos que hoy figuran en el Santoral para edificación y ejemplo de los fieles, no pudo contemplar todo aquel estrago, porque escapó á paso de ciervo perseguido en cuanto se inició el incendio, diciéndose acaso como el otro: *yo juigo, hasta perder la vía.*

Respetando, como siempre, los inextinguibles designios de la Providencia, sin cuya voluntad no se mueve una hoja de un árbol, ni un sacristán le da un codazo á un cirio, tengo el honor y la satisfacción de comunicar á mis lectores que la Redacción de EL MOTIN, en buena hora lo diga, sigue tan incom bustible.



Ya vienen los frailes,
ya vienen los curas;
ar Dios que se acerque á pedirme un cuarto
le rompo la nuca.

Los inútiles

La expulsión de los institutos religiosos de Portugal ha puesto de relieve una gran verdad que todavía ignoran muchos: la inutilidad de la vida conventual. Los mismos frailes y monjas expulsados han tenido que reconocerla, al hallarse de improviso ante el fragor de las luchas inevitables para sostener la vida.

Sin conventos y sin dinero, se han visto perdidos; lloraban las monjas carmelitas refugiadas en Badajoz, sin saber qué rumbo tomar, y en vano una legión de capuchinos llamaba á las puertas de las cartujas españolas.

—Son ustedes tantas, ¡y tan viejas!—respondían las carmelitas de Badajoz á

las de Portugal,—que aquí no hay sitio ni dinero para mantenerlas.

—Ustedes están acostumbrados á una vida muy distinta á la nuestra, y este cambio de régimen les sería ahora insostenible—decían los cartujos á los capuchinos.—Acudan ustedes á los conventos de su orden que hay en España.

Pero los frailes españoles, aunque el vulgo crea lo contrario, no han querido aceptar la compañía de los portugueses, menos extranjeros para ellos que los franceses é italianos. Aunque la Orden es una, es muy raro el trasiego de individuos de una nación á otra, pues los frailes afirman que han profesado la vida religiosa sólo para vivir en tal país; de modo que, obligados á salir de él por fuerza mayor, se creen desligados de sus vínculos, y se quedan ex claustrados ó piden á Roma la secularización.

Cuando se arrojó de España á los regulares, fueron contadísimos los que acudieron á los conventos que su Orden tenía en el extranjero, y eso ha sucedido ahora con los de Portugal. Se han desbandado asustados como pájaros al recibir una pedrada, y al hacerlo, han visto bien clara su inutilidad.

Por absurda é irracional que sea la vida monástica femenina, la encuentro cien veces más tolerable que la de los hombres. Es realmente vergonzoso el que se consientan núcleos de cincuenta, ochenta y cien hombres, y á veces de trescientos, como en los paules de Madrid, dominicos de Ocaña, jesuitas de Loyola, carmelitas de Ávila, franciscanos de Santiago, cartujos de Burgos, agustinos de Valladolid, etc., etc., formando un mundo aparte del real en que todos vivimos, mundo que adolece de todas las miserias y defectos del profano, con crímenes y pasiones horrendas que germinan y se desarrollan en medio de una vida muelle, de abundancia, de ociosidad y de chismes. ¿Pero es que los frailes no hacen nada? Hacen cada uno lo que la Regla de su Orden les dicta; estudian latín, filosofía, teología, escritura y cánones; se ordenan, confiesan y predicán, y toda su vida se pasan así, intrigando para mandar los despreocupados, ejerciendo de víctimas los sencillos y resignados, y unos y otros envueltos en una atmósfera de enredos, delaciones, felonías, odios, simpatías sospechosas, y chismes femeniles y tontos que realmente inspiran asco y repugnancia.

Cuantas veces me han enseñado á un fraile, y me han dicho:

—Ahí tiene usted al P. Tal; lleva cuarenta años de convento ó cincuenta. ¿Qué le parece?...

Y al ver aquel hombre con el pelo blanco, rostro arrebolado, de abultado abdomen, tosco, de mirada hipócrita y ademanes melosos, no puedo menos de exclamar:

—He aquí un hombre que fascinado por un falso ideal religioso ó seducido por los arrullos del egoísmo ha escamoteado á la sociedad un hogar, ha privado de la vida á varios seres con sus cópulas clandestinas ó sus aberraciones genésicas, y ha dejado en la obscuridad ó empujado á la degradación á una mujer que hubiera sido una madre excelente y una compañera de sus penas y alegría. Cincuenta años de vida tan estéril como infecunda llevando el alma saturada de pasioncillas rastreas,

el corazón huyendo de todo lo que pudiera entristecerle, la inteligencia repleta de logomaquias y sofismas, con el cuerpo cubierto de femeniles arreos, sembrando por todas partes la intriga, alterando la paz de los hogares, y atento solo al sonido de la campana claustral que le llama del coro al refectorio y del refectorio al recreo, y del recreo á la cama, y así un día, y otro día, años y más años, mientras el mundo ruge en torno de él tempestades borrascosas, mientras ve caer á nnos y á otros vencidos, extenuados, aniquilados en una lucha ingrata contra todo y contra todos, mientras él vive en edificio grandioso, se recrea en risueño jardín, ve abarrotada la despensa de vituallas, se abriga con buenos paños, elude el frío y el calor, y se sienta siempre ante opípara mesa con pan tierno, vino sano, bien servido, con el aditamento de supremo consuelo del que sabe que nada de esto le ha de faltar, y que en enfermedades y en la muerte han de seguirle todas las comodidades imaginables. Y á trueque de tantas gangas, la Orden sólo le ha exigido que guarde las formas, que procure no se afee nunca la blancura externa del sepulcro, y que sepa disimular sus flaquezas y pasar por santo. Hecho esto tiene asegurado el prestigio, la consideración social, la veneración de los fanáticos y el aplauso de los neos. ¿Servicios á la sociedad? Ninguno. ¿A su Orden? Los precisos para ser bien visto, subir, y asegurarse la impunidad. De modo que tenemos aquí un individuo que contando con todas las comodidades para producir cosas fructíferas para los hombres, y estando exento de las cuitas, amarguras y sinsabores que vedan á los demás el realizar grandes empresas, y ahogan y esterilizan todas sus aptitudes, se ha pasado la vida entera reunido en una continua y perenne inutilidad no dejando tras sí más rastro, ni huella, que la semilla de odios, intrigas, recelos y discordias que depositó en innumerables hogares desde la regilla del confesonario, la dirección espiritual ó la cabecera del moribundo.

Esta es la historia eterna de todos los frailes y de esos PP. Tales y Cuales que el rumor de las filoteas y de los neos nos presentan como celeberrimos. Esta es la crónica gloriosa de un padre Font, de un P. Sanz, de un P. Caldeiro, de un P. Soldado, de un P. Mon, etcétera, etc.

Cincuenta ó sesenta años de vida religiosa, girando entre el refectorio, el retrete y la alcoba, como si el hombre no tuviera más que estómago, intestinos y órganos sexuales. ¿Quieren ustedes mayor inutilidad?...

FRAY GERUNDIO

Al subir la escala
le dije al verdugo:
que me quiten de elante ese «cuervo»
pa morir á gusto.

Mal añejo

Los que creen que esto de buscar por todos los medios la representación en Cortes es achaque del sistema constitu-

cional, pueden convencerse de que están en un error al leer lo siguiente:

Leyes de la recopilación

LEY V.

Que ninguno gane carta para que venga por procurador de cortes, i que el rei, proprio motu lo pueda nombrar.

D. Juan II en Valladolid, año 1.447. D. Enrique IV en Córdoba, año 1.455, y en Toledo, año 1.462, y D. Juan II en Valladolid, año 1.442.

Mandamos que ninguno sea ossado de ganar cartas de ruego ni mandamiento, nuestras ni del Príncipe, nuestro caro y amado hijo, ni de otro señor, ni persona alguna, para que personas señaladas vengan por procuradores á las nuestras cortes; i si algunos llevaren las tales por el mismo fecho pierdan los oficios que tuviesen en las dichas ciudades i villas, i que sean privados para siempre de ser procuradores porque las dichas ciudades libremente elijan y embien los dichos procuradores, según se contiene en la lei ante de esta i que las tales cartas sean obedecidas i no cumplidas, i esto se entienda, salvo quando vos, no á petición de persona alguna, mas de nuestro proprio motu, entendiendo ser así cumplidero á vuestro servicio, otra cosa nos pluguiere mandar i disponer.»

Mal año para los caciques de ahora, si se pusiera en vigor esa ley: tendrían que cambiar de oficio, y elegir uno más modesto y de menos provecho, entre los de usurero, ladrón, verdugo y sus similares.

Fuerza es reconocer que no todo fué malo en los pasados tiempos.



El espejo del alma

Un periódico carlista se ha indignado porque en Portugal sometieron al procedimiento antropométrico á los jesuitas que prendieron, como si no se hiciera lo mismo con todos los que entran en la cárcel, resulten luego inocentes ó culpables.

Y para conmover las piadosas almas de los que no protestaron contra el procedimiento de arrojar vivos los liberales á la Sima de Igúzquiza, ha publicado tres dibujos representando la práctica antropométrica aplicada á tres jesuitas; y tales caras tienen los tres, que ha exclamado *El Radical*:

«Al mayor enemigo de éstos no le ocurriera hacer esto, como el diario carca lo ha hecho.

En las tres láminas los jesuitas aparecen con el rostro de canalla, de criminal, de perverso degradado más expresivo y cabal que pudiera idear un caricaturista de «El Motín». Verlos y decirse todo el que de fisonomía tenga

la menor noción: estos tres merecían estar en presidio, es todo uno.

¡Vaya unas caras de bribón, de bestia dañina y de hipócrita cruel que tienen los tres jesuitas! Que tiraran bombas, que asesinaran á traición, que cometieran los mayores crímenes, todo se concede en quien estime unas caras como aquéllas.

Por eso hemos pensado si, en vez de una apología tonta, será una venganza de clerical el artículo del colega.»

Pero, querido colega; ¿has encontrado alguna vez un jesuita que no tenga esa fisonomía? Y es natural y se explica que así sea. El que lleva en su espíritu, en incubación ó desarrollado, toda la iniquidad que representa la Compañía, ¿puede reflejar nobleza, dulzura y bondad en el semblante?

Por algo se ha dicho que la cara es el espejo del alma.

Me da miedo, madre,
volver á la iglesia,
porque el cura de nuestra parroquia
me busca las vueltas.

OTRO CASO

El niño se llama José María Torroja, y tiene diez años.

Y el fraile, Agustín Busquets, y tiene la misma edad que algunos de aquellos vecinos de Lot que le buscaron el bulito á los ángeles de marras.

Y el colegio se titula de San Pedro Apóstol.

Y está situado en Reus.

Y la persona que ha denunciado á los Tribunales de justicia el hecho de que voy á tratar, es tío del niño, y se llama don Antonio Molltó.

Y la madre del interfecto es muy católica y se llama Isabel Molltó.....

Pues como íbamos diciendo, el jueves 24 del pasado Noviembre llegó José María á su casa, y en vez de darle á su madre el beso acostumbrado, se echó á llorar diciendo: «Madre; yo no quiero ir mas á los Padres.»

La madre se quedó como petrificada, y le preguntó el por qué.

Y el niño le contestó sollozando:

—Porque hoy, al volver de pasear, el padre Busquets me ha encerrado sólo en una habitación medio á oscuras, y me ha hecho daño y unas cosas muy feas que me da vergüenza decirlas.

Y la madre se echó entonces también á llorar, acompañándola sus hijas.

Al llanto sucedió después la ira, que arreció al enterarse de que aquella era la cuarta vez.

Y si entra en aquel momento el padre Busquets, seguramente lo pone en condiciones de servir de eunuco en el serrallo del emperador de Marruecos.

O en otro cualquiera.....

Y parece que además del Torroja, han sido acariciados del mismo modo por

el Busquets otros tres niños, llamados Baltasar, Capdevila y Vidal.

Y que los padres de éstos han decidido callar, por no perjudicar á la religión de nuestros mayores, y además de los Flaminio, Busquets, y tantos otros del mismo sistema.

Y que el alcalde de Reus, D. Joaquín Navas, republicano posibilista, trata de no dejar mal á Constantino, por aquello que dijo, de que echaría su manto sobre el sacerdote culpable.....

Y no doy más detalles del hecho, porque tendría forzosamente que emplear palabras muy sodomíticamente expresivas.....

Y no quiero tampoco juzgar la conducta de los padres que enmudecen ante el enebamiento ó la simple desmoralización de sus hijos, por temor á tropezar con alguno que sepa por experiencia propia lo que es eso, y no le dé gran importancia.

A lo que sí me atrevo, es á felicitar-me de que no hubiese frailes cuando yo era niño. Podían haberme llevado á algún colegio de los suyos, y encontrarme ahora sin autoridad para tirar una piedrecita á los que menoscaban en niños inocentes la perfecta integridad corporal.

Ahora comprendo por qué los cléricales se oponen indignados á la creación de escuelas laicas: quieren que siga imperando la moral especialísima que enseñan en las religiosas los Padres Busquets y Compañía.

Y termino, compadeciendo á los niños que tienen padres tan fervientemente católicos, que los arrojan á los frailes con igual ensañamiento que el paganismo arrojaba hace siglos cristianos á las fieras.

Con esta desventaja: que las fieras se contentaban con devorar la presa, y ciertos frailes la profanan y la corrompen.

Hace mucho tiempo
me estoy preguntando
por qué en tanto que el cura enflaquece
va el ama engordando.

Caridad católica

Se le murió un hijo de siete años á un peón de albañil que vive en la carretera de las Ventas, término municipal de Vicálvaro.

Acudió al Juzgado municipal diciéndole que no tenía para enterrarle, porque llevaba meses sin trabajar, y varios días se pasaban sin comer él y los otros seis hijos que tenía.

En el Juzgado le dijeron que fuera á ver al cura, quien le contestó que no podía autorizar el entierro sin el previo pago de los derechos correspondientes.

En vano el albañil le pintó su situación, y en balde volvió otra vez á verlo, después de hablar con el alcalde, que

se excusó diciendo que el asunto competía solamente al cura.

En vista de esto, decidió el desgraciado venir á Madrid para ver si encontraba algún medio de resolver aquella situación horrible, y tuvo la suerte de hablar en la Central de Teléfonos interurbanos con el diputado republicano D. Laureano Miró, quien inmediatamente se puso al habla con el gobernador, le contó lo que ocurría, y encontró en él la piedad y justicia que el cura de Vicálvaro había negado.

Seamos imparciales y no inculpemos al cura.

Seguramente él ha obrado por sugerencias de algún maestro laico, que le ha dicho:

—No entierre usted á ningún pobre, sin que le paguen el entierro previamente. La obra de misericordia que manda enterrar los muertos es una invención de los impíos para mermarles á los pobrecitos curas los ingresos.

Como si lo viera.



La moral del "cine"

Así, con voz destemplada, gritaba el voceador colocado ante la entrada del «Cine-Conservador»:

«¡Pasen, pasen los señores, y gozarán de verdad viendo á los conservadores pidiendo moralidad!»

«¡Entren, y verán un gráfico cuadro de moral casera, entre un poste telegráfico y una acción azucarera!»

«¡Pasen á ver qué afanosa, contra lo inmoral, murmura el agua sucia y fangosa de una acequia del Segura!»

«¡Entren; verán en telones y en películas muy finas «La moral de las acciones...» (de las acciones de minas!)»

«¡Pasen; la entrada es barata, y aquí verá el pueblo sano «La moral de la hojalata» y la del «Banco Africano!»

«¡Entren; que en las proyecciones verán, los que den dos reales, «La sesión de los millones» y otras cintas muy morales!»

«¡Pasen; que ante vuestras cejas pasarán las soberanas películas polaviejas vasco-moral-castellanas!»

«¡Entren; que el «cine» acabado y cuando el público ladra, se bailará en el «tablado» el «garrotín» de la Escuadra!...»

«¡Entren; entren las señoras, que el caso es raro en verdad!.. ¡Pasen á ver á estas horas las fieras conservadoras pidiendo moralidad!»

LUIS DE TAPIA

Más del Penal de Burgos

No ha muchos días andaba encorajinado el capellán de este penal por el artículo que con el título de «A los intelectuales» apareció en EL MOTIN, y en el que se le acusaba de complicidad moral en el asesinato cometido por la Ronda en la persona de Pedro del Castillo.

Hace mal en encorajinarse, pues al acusarle de cómplice, sólo se le arrancaba un poquito la careta que cubre su rostro. Hoy la descorreremos un poco más, para ver si así no espera á que se le arranque del todo, y se calla, que tiene mucho por qué.

Este ministro del Señor sólo se preocupa de lo siguiente:

Media hora antes de que los reclusos sean encerrados en sus respectivos dormitorios, aparece en la ventana del Economato sin manteo ni teja, contando el dinero recaudado durante el día, y, ¡qué cuadro más expresivo ofrece á la vista del observador!

Con aceleramiento propio de un avaro judío, cuenta y recuenta el dinero, sin preocuparse de que en gran parte haya afluído á la Caja por el abuso, el engaño ó el robo.

Si su maestro, el mártir del Gólgota, lo viera en tan interesantes momentos, acaso pensaría en Judas; pues si aquel apostol traidor le vendió por 30 dineros de plata, este satélite moderno de la Iglesia lo vende por menos.

Y lo vende de muchas formas. Primeramente lo vende, porque si el Nazareno ordenó á sus discípulos que fueran humildes y que abandonaran los bienes terrenales, éste tiene el corazón metalizado, y es soberbio y brabucón.

Y lo vende, porque, diciéndole su religión que consuele al afligido, no lo hace. En el lecho de muerte de los asesinados por la Ronda que él defendía, ha oído súplicas, clamando justicia; y aunque prometía y juraba al moribundo que daría parte al juez, apenas el desgraciado espiraba, faltaba á su juramento.

Y, por último, lo vende, haciendo y ayudando á hacer propaganda política.

Todos los domingos se celebra aquí una especie de mitin, donde se habla de política. No há muchos días uno de los oradores dijo, aconsejando á los penados, que al salir en libertad fueran á su bandera, pues ellos ayudarían á entrar en el cielo á quienes lo hiciesen; mientras si se unían á los liberales, republicanos ó socialistas, es decir, á los ateos, éstos, después de lanzarlos á la revolución, los abandonarían, metiéndose ellos en casa y dejándolos para que fueran carne de cañón, como ocurrió en Barcelona en Julio de 1909.

Vociferan espantosamente para conseguir su propósito, en vez de venir á

repartir limosna, como dicen que vienen, siendo así que sólo reparten hojas de propaganda antiliberal.

Dice el capellán que ha denunciado ó va denunciar el artículo *A los intelectuales*. Ya lo pensará mejor, pues no es tan necio que no comprenda que, cuanto más revuelva el cieno, más sucio saldrá; pues aquí estamos nosotros para responder de nuestras palabras.

Por la población penal,
(Aquí dos nombres.)

Ama de mi vida,
no me des más penas;
que hartas tengo con que no me caigan
misas ni novenas.

Las grandes deas modernas

La crueldad es una fase del odio; por sí sola desempeña un notable cometido en las emociones y en la mímica, y ofrece una expresión característica. Se puede odiar y llegar por odio á los mayores extremos, sin ser cruel; y, por el contrario, cabe mostrarse cruel sin necesidad de odiar.

Entre nosotros, en medio de nuestra civilización decantada, á pesar de los frenos impuestos por la religión y la moral, se encuentran hombres que han nacido crueles, y que, imposibilitados para hacer daño á sus semejantes, maltratan á los animales y se complacen en la matanza y la efusión de sangre. Este elemento de crueldad influye en la vocación de algunos que eligen la profesión de carnicero, verdugo ó cirujano. He conocido cirujanos y carniceros muy honrados que, á pesar esto, al ejercer su oficio demostraban cierta feroz sensualidad, de la cual se deducía que, sin los frenos de la moral, hubiéranse convertido en bárbaros asesinos.

Asistid á una ejecución capital, á una corrida de toros, ó á una riña de gallos, y estudiad la mímica de los espectadores; de seguro que notareis el exceso de su barbarie. Frente á la horca, ó presenciando una pelea de matones, advertiréis ciertos espasmos involuntarios de voluptuosidad sanguinaria, que os harán recordar á nuestros antepasados antropófagos y la gran cofradía de los dientes y las uñas que hace de todos los seres vivientes devorados ó devoradores.

Los frenólogos, para demostrar la existencia del órgano de la destructividad, que colocaban sobre las orejas, han coleccionado muchos ejemplares de irresistible tendencia á la crueldad. Citaré un sólo caso: el de un cura que se hizo castrense únicamente para asistir á las batallas y ver muertos y heridos. Estaba en correspondencia con todos los verdugos, aun los de ciudades lejanas, á fin de que le avisaran para asistir á las ejecuciones capitales, y á menudo emprendía largos viajes á pie con objeto de saborear su placer infame. También

poseía animales domésticos con el objeto de cortar la cabeza á los pequeños tan pronto como nacían.

La expresión de crueldad aparece casi exclusivamente en la boca, quizás porque en la vida planetaria, matar y comer son dos momentos sucesivos de un hecho que se repite todos los días millones de veces. Ciérrase la boca; las comisuras se separan elevándose ligeramente como para bosquejar una sonrisa, y un estremecimiento acompaña á menudo á la respiración. Los ojos, muy abiertos, se fijan en la víctima. Estudiad á los carnívoros domésticos ó silvestres, y veréis reproducidos muchos cuadros mímicos que se encuentran entre los hombres.

Ninguna fisonomía mejor que la de un lujurioso recuerda la crueldad. Es horrible; pero no puede ser de otro modo. El amor y la sangre, la muerte y la creación, alternan con breves intervalos en este mundo. Muchas veces la mano que acaba de matar, acaricia; los labios crispados por una risa cruel, se juntan en fecundo beso.

PABLO MANTEGAZZA



Calendario del obrero para 1911

Ha aparecido este librito en mayor tamaño que en años anteriores, y al mismo precio de *quince céntimos* ejemplar.

El de este año inserta, á más de trabajos revolucionarios y demoledores, un tratadito de Ortografía, otro titulado «Cómo se administra una sociedad obrera», otro respecto del derecho de reunión completo, y todos con sus correspondientes formularios.

Repetimos que cuesta *quince céntimos* el ejemplar y *diez* desde diez ejemplares.

Los pedidos á su autor, J. J. Morato, Carlos Latorre, 17, Madrid.

GRACIAS

Ha comenzado á publicarse en Gijón un periódico titulado *Acción Libertaria*.

El primer número, que tengo á la vista, está muy bien escrito, y dice de EL MOTIN:

«Al periódico EL MOTIN por su insuperable obra, francamente antirreligiosa; por su constancia, su tesón y su valentía frente á toda la farándula de creyentes, sin excluir á sus propios correligionarios, enviamos nuestros más sinceros plácemes.

Así, así se lucha.»

Me envanece ese elogio; mucho más ahora, que hasta algunos federales de importancia sostienen que los republicanos somos anticlericales, pero no antirreligiosos.

Como si el ser simplemente anticlerical significara algo en un país donde nadie cree en nada, aunque pocos se atrevan á decirlo.

Buenas intenciones

El problema de la mendicidad preocupa grandemente al actual gobernador de Madrid.

Tiempo perdido el que emplee en encontrarle solución.

Como será imposible abaratar las subsistencias mientras haya tantos intermediarios entre el productor y el consumidor, del mismo será inútil cuanto se haga para disminuir la mendicidad, mientras legiones de frailes y hermanos se interpongan entre el rico y el pobre.

Esto, prescindiendo ahora de que la caridad no puede ser nunca una solución al problema de la miseria, sino un paliativo en determinadas circunstancias.

En carácter

Por haber dejado cesantes á cuatro guardias municipales que habían felicitado al presidente de la República portuguesa, se le ha dado un banquete al alcalde de Bilbao, asistiendo el gobernador civil, y brindándose en él por la autoridad que había dejado en la miseria á cuatro familias.

Teniendo en cuenta cómo está hoy todo en España, me resigno á reconocer que ninguno de los comensales faltó á los cánones de la pequeñez, el rebajamiento y la moral al uso.

Seamos tolerantes

El aburrimiento es uno de los inconvenientes mayores de la vida de los curas rurales. Como emplean tan poco tiempo en las faenas de su oficio, no saben de qué manera matar las horas, sino se dedican á jugar, beber ó hacer obras de caridad á las beatas.

Por esto no es de extrañar que Bruno párroco de Barrios de Bureba (Burgos) para amenizar algun tanto estos tristes y aburridos días de invierno, vaya á menudo á la escuela de primera enseñanza, y se lleve á bofetadas con los niños á pretexto de que no van á misa diariamente.

Ya lo dijo Santa Teresa, en estas ó parecidas palabras:

«Si pudiera inventarse un infierno más terrible que el de ahora, sería uno en que los condenados se aburrieran.»

Y el pobre cura de Barrios de Bureba se aburre.

COSAS QUE HE DICHO

Cuando las debilidades de los unos, las flaquezas de los otros, las cobardías de éstos y las traiciones de aquéllos me hacen pensar que todo está perdido, que la libertad camina irremisiblemente al abismo, que no hay poder bastante á regenerar esta desdichada España, y que no tenemos otro remedio que bajar la cabeza y entregarnos sin condiciones á la reacción clerical que por todas partes nos cerca, me traslado á la Plaza del Progreso, y me pongo á contemplar la estatua de Mendizábal, el único hombre verdaderamente revolucionario que ha habido en este país desde que existe régimen constitucional; y poco á poco recobro la serenidad y advierto que renace en mi pecho la esperanza.

¿He dicho el más revolucionario? Pues he debido de decir el único, porque á él se debe que el absolutismo no domine aún en España, que la clerecía no esté apoderada de todo, la aristocracia haya muerto como clase, mande y brille hoy la clase media y renazca en el pueblo la esperanza de redimirse.

A él y sólo á él se debe todo eso, sin pasar por gran estadista, sin ser gran orador ni echársela de profundo hombre político, cualidades de que tantos pigmeos se jactan ahora, sin conseguir la altura, ¿qué la altura? sin alcanzar ninguno, ni aún subiéndose sobre los hombros de la admiración inconsciente, á poner la mano sobre el grande y valeroso corazón de ese gigante revolucionario.—1889.

De tal manera el espíritu religioso se apodera de España, que hasta en las revistas de toros se refleja; y en prueba de ello, véase cómo describe la salida de un *bicho* el ingenioso, ilustrado y desde hoy místico revistero de *El Liberal*, fray Sobaquillo:

«Esperábanle, en guisa de picadores de tanda, Cirilo Martín y Manuel Calderón, y en calidad de claustrero universal, los reverendos padres maestros fray Rafael Molina de la Concepción, fray Salvador Sánchez de la Frascuelanunciación, fray Francisco Arjona de la Curriencarnación y fray Fernando Gómez de la Gallicircuncisión...»

A este paso, pronto vamos á hablar todos en *parroquidémico*.
Estoy encantado.—1884.

Traslado de *La Aurora Social* de Oviedo:

«En toda España esos que se denominan republicanos y librepensadores, tienen entregados sus hijos á los clericales para que los eduquen.

Y si quiere cerciorarse de ello Nakens ó alguno de los que trabajan de buena fe en este asunto, vengán al feudo de Pidal (léase Asturias) hagan una visita al colegio de jesuitas de Gijón, y

verán á los hijos de los republicanos y librepensadores más caracterizados de esta región, recibiendo una educación regia... estilo Montaña.

Y así nos vamos regenerando.»

¡Ay, querido colega! Ya no me extraña nada. Desde que sé que Salmerón ofrece mantener y no perseguir á los jesuitas el día que sea jefe del Estado, apenas si me atrevo á censurar á ningún republicano clerical. Si el abad juega á los naipes ¿qué harán los frailes?

Por lo que respecta á los muchos jesuitas que hay entre los republicanos, sé perfectamente á qué atenerme. ¿Tiraría EL MOTIN menos de cincuenta mil ejemplares, si no hubiese tantos?—1901.

Un cronista de salones dice en un periódico conservador, refiriéndose á una joven rica que desea casarse á pesar de un reciente desperfecto:

«¡Animo, jóvenes en estado de merecer! A cerrar los ojos á los misterios y á abrirlos á los millones.»

O lo que es lo mismo: encomendaos á San Cornelio, antes del parto, en el parto y después del parto, para vivir con la tranquilidad que pinta esta conocida copla flamenca:

Está visto y aprobao,
que el que es manso y consentío,
vive gordo y colorao.

¡Valiente moral la de los conservadores!—1886.

En defensa de las ordenes religiosas, dijo Gamazo en el Congreso que opusieramos á sus ideas las nuestras.

Conformes. Déjeseme decirles lo que merecen sin denunciar el periódico ni recoger la tirada, y al que Dios se la dé San Pedro se la bendiga.

Pero mientras los gobiernos amparen á frailes y curas persiguiendo á sus contrarios, ¿dónde están los términos hábiles de lucha?

Jesuitas disfrazados son todos los que hablan como Gamazo.—1901.

Copio de la *Unión Católica*:

«Hemos sostenido y sostenemos que el catolicismo es compatible con todas las formas de gobierno, y, por lo tanto, como católicos no somos enemigos de la República.»

Pero como todas las formas de gobierno no son compatibles con el catolicismo, seríamos unos estúpidos los republicanos abrigando en el pecho la cullebra que habría de ahogarnos.—1885.

Se habla de lo conveniente que sería una unión entre los republicanos, demócratas y liberales, para formar un núcleo poderoso que oponer á la reacción. Y sin encontrar descabellada la idea, creo que lo más práctico sería formar un partido nuevo en que cupieran, no solamente individuos de las agrupaciones citadas, sino de algunas más. El partido podría denominarse: *Partido de hombres liberales*. O quizás mejor: *Partido de liberales hombres*.

En otros tiempos esto hubiera sido un pleonismo; en los actuales, la palabra *liberal* equivale pocas veces á la de *hombre*. Y conste que no hago distinción de partidos. En todos hay individuos que parecen hombres sin serlo.

En el nuevo partido podrían entrar por derecho propio todos aquellos que realmente lo fuesen, figuraran en el bando que figurasen, siempre que aceptaran este lema: *Portarse siempre, y en todo, como deben portarse los hombres*.

Y de seguro que este partido, sin más bases, ni más ofrecimientos, ni más programas, salvaría la honra y la fortuna de España en plazo breve, mucho más contando, como contaría segurísimamente, con la ayuda de las mujeres, hoy avergonzadas de la falta de entereza, carácter y valor de los que, porque todavía no usan enaguas, creen que pertenecen al sexo masculino.

Piénsese en la formación de este varonil partido sin apasionamientos de fracción, y se comprenderá que él salvaría á España.—1901.

¡Mandar, dominar en absoluto!

¿Qué importa que sea aquí ó allá, si puede saciarse ese goce, quizá mayor y más vivo á distancia, porque halaga mucho dirigir desde lejos cuando se tiene la seguridad de ser obedecido?

No es entonces el temor que infunde la presencia del que manda lo que determina el acatamiento á la orden recibida; es algo más grande que arranca del prestigio personal y que satisface doblemente.

Y reinando ¿qué importa dónde ni sobre quién? ¿Acaso es menos árbitro Satanás en su reino que Dios en el suyo?—1884.

Los seminaristas van á ser exceptuados del servicio de las armas.

Y decía un senador á este propósito: «No se comprende que haya quien pida la exención para los seminaristas, después de haber visto durante dos guerras civiles tantos eclesiásticos expertos en el manejo del trabuco»

Por esto precisamente hay que concedérsela. ¿Qué instrucción pueden darles en los cuarteles que no hayan aprendido mejor en el seminario?—1883.

Continúo admirando los caracteres inflexibles del *Todo ó nada*; mas, ¡perdóneseme esta flaqueza imperdonable! me voy sintiendo cada día con menos fuerzas para imitarlos. Este es uno de peores lados que tiene el no morirse joven.

Yo, ni que decir tiene; desearía ver lo que siempre he soñado: una revolución hecha exclusivamente por el pueblo, de mano dura y pulso firme, tan ejecutiva como práctica; justa en sus cóleras y severa en sus justicias; mas como la veo lejana, declaro, con el escaso rubor de que puedo ya disponer, que en el presente momento histórico me

contentaría con una República traída por el pueblo, el ejército y los demócratas que quisieran ayudarnos, reformista sin impaciencias y progresiva sin atropellos, aun cuando me viera obligado á aplazar lo del faisán y quedarme en el término medio entre éste y las patatas, ó sea en el pollo.

¿Supondría esto que yo renunciaba á la revolución? No. El faisán es lo mejor, y lo mejor es lo que más me agrada. Pero como las patatas es lo peor, y á lo peor no acabo de resignarme, me contentaría con el pollo, que aun cuando no realiza mi *ideal*, no es mal *principio*, y puede figurar dignamente en cualquier *programa* culinario.—1902.

He aquí las últimas palabras de uno de los ajusticiados del Salar, por asesinato, dirigiéndose al pueblo que rodeaba el tablado:

«Perdonadme, hermanos míos. Y ya lo sabéis: sólo os encargo que si alguna vez se ven algunos en el caso en que yo me vi, no dejen vivas ni las ratas.

—¡Es verdad, pobrecito! gritó una mujer y corearon otras. ¡Por tener buen corazón les pasa esto!»

¡Qué lástima que haya acabado en el patíbulo un hombre que podía haber ganado tantas elecciones, ahora que los conservadores nombran propagandistas é interventores á los bandidos!

Porque el procedimiento recomendado por él al morir es el más eficaz para esos casos.—1884.

He leído en un periódico republicano de Zaragoza, á propósito del cierre del templo del Pilar, que «llegada la manifestación clerical á la plaza del Pilar, observaron que el templo de *nuestra excelsa patrona*, de esa virgen venerada por todos los aragoneses y por todos también aclamada *ante el Universo entero*, se hallaba cerrado».

Y, al leer esto, y algún artículo de eximio escritor aragonés referente al asunto, exclamé:

«Si los más ilustrados y que presumen de cerebro limpio se escandalizan al par que el vulgo, unos en nombre de la religión, otros de la tradición y otros del arte, de hechos tan lógicos y tan necesarios, ¿cómo extrañar que las turbas comandadas por el carlismo lleven trabucos en vez de cirios y los utilicen oportunamente? Y si la virgen del Pilar es y representa todo eso que republicanos y liberales dicen, los *únicos* que aquí tienen razón son los clericales.

Convendría, por lo tanto, que cada cual apagase una de las dos velas, la de la religión ó la de la libertad. Y á ver si de esta manera podríamos llegar un día á entendernos...—1901.

Cuatro concejales republicanos del ayuntamiento de Eibar, han contribuido á que se dé un voto de gracias á los individuos que llevaron á aquel pueblo los frailes franceses.

Unidos con los clericales en plena autonomía, ¿quién iba á impedir que los republicanos devotos se dedicaran al aumento de la frailería? De aquí mi temor á la completa autonomía municipal.

Mucho os he combatido, ¡oh apóstatas!, y aún tengo remordimientos por no haberlo hecho más. El político que se va de un partido avanzado á uno retrógrado, merece todas las condenaciones.

Pero al compararos ahora con aquellos que, pensando como vosotros, permanecieron en el campo republicano haciendo política monárquica, estoy por suponerlos más honrados.

Al irlos á la monarquía, vuestra influencia en el republicanismo cesó y dejásteis de perturbarlo. Los que se quedaron entre nosotros han hecho, por el contrario, pagar cara al partido su consecuencia.

Al separaros, despertásteis indignaciones que acrecentaron nuestra fe; en cambio, los otros la fueron matando poco á poco.

Más y mejor han servido á la monarquía los republicanos que no desertaron, que vosotros, los que os fuistéis descaradamente á sus filas. Vuestra influencia no se ha extendido más allá de los períodos en que gobernásteis; la de ellos ha sido y es constante; y mayor en ocasiones.—1905.

El número de españoles que no saben leer asciende á 11.995.530.

¡Oh santa ignorancia, abogada de las gentes de cerquillo y coronilla pelada!

¡Tú les llenas las ollas y les cubres las carnes!—1893.

Me moriré dejando fama de haber pensado mal de todos, cuando precisamente mis censuras han obedecido á lo contrario: á haber pensado bien de todos, é indignarme luego al sufrir otro desengaño.

Y en los momentos actuales yo había pensado que cualquiera de los más caracterizados republicanos se dirigiría á los demás, y con el corazón levantado y la mirada fija en la patria les diría:

«Olvidémonos de cuanto nos ha separado hasta hoy para pensar únicamente en lo que nos une. Ante la patria en peligro, depongamos diferencias, odios, programas, todo lo que nos impida exclamar: ¡somos unos! Que todas las denominaciones mantenidas para vivir separados cedan el puesto á esta que nos ha de unir: republicanos. ¡Y gloria al que sacrifique más! ¡Y honra al que tenga que venir de más lejos!»

El republicano que hubiera hecho eso habría dado muestras de tacto político, de amor á la patria y prestado además un gran servicio á la República.

No lo ha hecho ninguno, y lo lamento, pues lo esperaba. ¡Era tan natural, tan sencillo!...

Añadiré este nuevo desengaño á los muchos que he sufrido por mi costumbre de pensar bien de todos, hasta de los que ni en los momentos supremos se deciden á dar muestras de abnegación, á honrarse á sí mismos, á ser grandes...

Todo el mundo, hasta el sanguinario D. Carlos, ha encontrado ahora pretexto para alardear de patriotismo con motivo de habernos declarado la guerra los Estados Unidos. Unicamente los republicanos de renombre han callado.

Y esto no es ya prudencia: es algo que no quiero decir.—1898.

Entre los regalos mandados por el gobierno inglés para las personas que más se distinguieron en el salvamento de los naufragos del *Serpent*, hay una escopeta con mil cartuchos destinada al párroco de Javiña.

Es natural; en la patria de los curas de Flix, de Alcabón y de Hernialde, se habrán dicho los ingleses, ¿qué mejor regalo puede hacerse á un párroco que un hisopo de fuego central para asperjar liberales?—1891.

Mientras aquí no nos unamos para derribar, sin preocuparnos de que el edificio que ha de levantarse se ajuste al plano de éste ó aquel arquitecto.

Mientras nos cuidemos del mañana más que del hoy, como si estuviera en nuestra mano encauzar ahora ese mañana.

Mientras por temor á los males que puedan sobrevenir al cambiar de régimen soportemos los que el actual produce, no adelantaremos un paso.

Lo único que podemos y debemos ofrecer al país, es la seguridad de que antepondremos en todo tiempo y circunstancias su salvación á nuestro interés particular, y que estaremos siempre dispuestos á sacrificarlos en bien suyo. Fuera de esto, nada debemos en justicia y en conciencia ofrecerle.

Y en tanto que no lleguemos á esto, no saldremos de esta situación difícil, nos gastaremos en empresas estériles, y seguiremos haciendo méritos para que se nos califique de necios, el más terrible de los calificativos en política.—1894.

Varios periódicos cuentan como cosa rara, que en Londres abundan las escuelas de mendicidad, que los maestros no ocultan su oficio y que anuncian por carteles el número de lecciones en que enseñan el arte.

Pues aparte de eso de los carteles, porque su modestia se lo impide, también aquí tenemos maestros y escuelas de mendicidad que nada tienen que envidiar á las de Londres.

Como que se cuentan por millares los conventos.—1890.

JOSÉ NAKENS

Literatura clerical

SALIVA, MOSQUITOS Y... ¡HOSTIAS

Para el queridísimo Nakens

No sé qué oculta mano, velando por la salvación de mi alma, desliza hasta mí, por bajo la puerta ó por correo, las más piadosas y morales hojitas. Hace meses fueron doscientos sellos con la efigie del Papa-Rey. Me mandaron esa barbaridad de sellos, que á 010 pesetas cada uno, sumaban otra barbaridad de pesetas. Traté de canjearlos en el estanco, y como no me ofrecieron ni un mal puro de quince por los doscientos papas, decidí emplearlos, á manera de sellos móviles, en las comunicaciones y documentos del casino radical.

Ayer fueron unas hojitas, que yo agradezco, no sólo por la intención, sino por el buen rato que me proporcionaron. Son tres hojitas con el pie de imprenta, «Tipografía de Comas Hermanos, Pilar, 1, Zaragoza, registradas con los números 9, 79 y 102 y con la aprobación de la autoridad eclesiástica.

Esta última hoja, la 102, lleva á la cabeza un grabado muy interesante y conmovedor, representando un hombre que reza ante el catre y un perro atado á la cadena disponiéndose á dormir tranquilamente sobre la hierba.

El hombre medita: «Todas las noches regaré con lágrimas mi lecho», lo cual nos parece á nosotros poco agradable en esta época del año y muy expuesto á resfriados.

La moraleja del grabado aparece escrita en esta frase inmortal: «De un modo se acuestan los cristianos y de otro modo los perros», sentencia que, en verdad creeríamos, si estos varones nos demostrasen que vieron acostarse á ciertas cupletistas.

Dejaremos los monos, para entrar en el texto. Yo copiaría aquí, para mayor regocijo del lector, las hojitas piadosas desde el título hasta el pie de imprenta; pero entonces no habría artículo mío y ¡me he propuesto escribirlo! Comentemos los disparates más gordos y, como son tan mayúsculos, tan bárbaros, he de advertir al lector que en el señalar no hay engaño y que el comentarista no añadirá ni quitará una tilde, y ahí está esa hojita con el pie de imprenta citado para corroborarlo y pedir un ejemplar si alguno duda.

Hablan las hojitas de «La Sagrada Comunión y sus preparativos».

Nosotros creíamos que para recibir dignamente al Señor bastaba con llevar el alma tranquila, limpia de culpa. Estas piadosas advertencias vienen á sacarnos de nuestro error y á imponer á todo fiel cristiano en aquellos detalles precisos, indispensables, para acercarse al comulgatorio.

Esta hojita, la 79, nos narra los apuros que pasó un pobre muchacho en su primera comunión. «Interpretando mal—escribe—la obligación de no comer ni beber antes de comulgar y de no escupir después de haber comulgado, juzgó que ya antes de comulgar no debía escupir ni menos tragar la saliva: con lo cual se le llenó de saliva la boca y se vió en el trance más apretado de conciencia que puede imaginarse».

Así, textual, y compruébelo quien dude, y trague saliva ó goce, que á mí me tiene sin cuidado.

No creo—añade la hojita—que pasen tales escrúpulos los que lean la siguiente instrucción.

Y la instrucción va resolviendo algunas dudas, expuestas en deliciosas preguntas de esta laya:

«¿Si uno recibe la mitad de la Hostia recibe todo el cuerpo de Jesucristo? ¿Cómo está Jesucristo en la Hostia? ¿Se ausenta Jesucristo del Cielo cuando está en la Hostia? ¿Es posible que un cuerpo humano se halle en una hostia tan pequeña?»

A tales preguntas, tales contestaciones. En una se dice que Jesucristo está en la sagrada Forma «en sacrificio semejante al sacrificio de la cruz», y que aquel que comulga en pecado mortal se agrava. «Así—dice—como el alimento mejora la salud del cuerpo dando-

le nuevas fuerzas cuando está sano y lo empeora cuando está enfermo y con ardiente calentura, así la sagrada comunión, sustento del alma, da nuevas fuerzas á las que viven la vida de la gracia y agrava el mal estado de las que están heridas de muerte.»

Y, tras estas peregrinas consideraciones, entramos en lo que pudiéramos llamar «Arte de comulgar con elegancia, aseo y pulcritud.»

«En orden al ayuno—dice la hojita—podrá ir á comulgar el que se ha tragado alguna reliquia de la cena que se le quedó entre los dientes, ó la sangre que le sale de las encías, ó otro humor que fluye de la cabeza y pasa á la boca?»

La pregunta no puede ser más gorrina y nauseabunda; pero la contestación es así, seca y terminante, sin escrúpulos:

—Puede ir á comulgar.

Sigamos: «¿Se rompe el ayuno por sólo ponerse en la boca un pañuelo, un alfiler ó cosa semejante?»

Agarrarse, señores, que la contestación tumba:

—No se rompe, porque ponerse estas y otras cosas en la boca no es comerlas.

Ya lo saben ustedes, ponerse un pañuelo en la boca no es comer el pañuelo.

¿Habla yo antes de porquerías? Atención á otro parrafito:

«El pasar con la saliva alguna gota de agua ó de vino ó de otro líquido con que se lava ó enjuaga la boca, ó alguna gota de caldo cuando se prueba si está ó no bien sazonado; ¿impide la comunión? No la impide, si estas cosas se tragan con la saliva y no se tragan de industria y de propósito. Lo mismo digo del que se tragara un mosquito que se le entró con la respiración, ó sin atender á lo que hace se comiera alguna partícula de hueso, de papel, de uña ó de cosa semejante.»

Pasemos la «reliquia de la cena, la sangre de las encías, el humor de la cabeza que baja á la boca, el mosquito, el hueso, la uña. Vamos con el vicio del tabaco: Si fumamos no rompemos el ayuno; pero un pitillo antes de comulgar, es cosa sobrado indecente.» En cambio podremos poner en la boca tabaco en hoja, mascar alguna cosa aromática ó gustar azúcar, siempre que escupamos. La razón la da este papelillo delicioso: «Si escupimos, poco ó nada habremos tragado.»

De ésta, pasamos á uña gedeonada en regla:

—«¿Si á media noche tomo algo, puedo guiarme por un reloj que no señale todavía las doce?—Si; mientras no te conste que el reloj va atrasado.»

Difícil é intrincada operación la de recibir la Hostia consagrada, y á tal fin se endereza la instrucción que sigue:

«Haz primero un poco de saliva, abre luego medianamente la boca y pon la punta de la lengua humedecida sobre el labio inferior. Así se recibe bien la sagrada Forma, sin peligro de que se caiga, ni de que se pegue en el paladar ni de otra irreverencia.»

En el caso de que la hostia se pegue por no haber usado á tiempo de la saliva ¿qué se ha de hacer? «Estar quieto para que se haga un poco de saliva en la boca y luego ya se puede despegar fácilmente con la lengua; no la toques nunca con los dedos á no ser que la viesen en algún caso que la Hostia se va á caer al suelo.»

Luego, procurarás no escupir en un cuarto de hora y justo es para reventar de risa! «si no puedes aguardar tanto, ECHA LA SALIVA EN EL PAÑUELO Ó EN LUGAR DECENTE.» Sin escupir, ó escupiendo sobre la espalda del que tengas delante, dirás la oración de gracias, «que ha de durar un cuarto de hora».

Estos católicos son notabilísimos. ¡Un cuarto de hora! ¡Oraciones que se miden por la extensión! ¡Un cuarto de hora en acción de gracias, como si en un minuto no pudiera sentirse y expresarse todo el agradecimiento y ternura interior de recibir á Cristo! ¡Oraciones de cuarto de hora y de media hora como las secciones de cine!

Y así pretenden que la gente lo crea y nos suponen á los que reimos de las hojitas camino del Inferno. ¡Por Dios, por la Religión, por el sentido común, no seáis bárba-

ros! Pensad que estoy en la hojita 79 y en ella dejé mucho digno de espigar con tiempo. ¡Qué cosas dicen las otras dos hojitas! Pero hay más días que longanizas, y, como mis cuartillas van resultando largas y éstas las medimos con igual rigor que vosotros las oraciones, prometó á los neos que tragarán otro día más saliva, más «reliquias» y más dislates.

¡Ah!, se me olvidaba: ¡Y más mosquitos...

A. MUÑOZ DE DIEGO

Oviedo y Noviembre 910.



Un buen deseo

Apenas llegados á Cádiz los jesuitas portugueses, han abierto una capillita titulada la Santa Agonía, título que es lástima no resulte simbólico para ellos.

El místico cuchitril se ve muy visitado por las gentes católicas, que no se preocupan ni del hambre terrible que pasan los trabajadores de la provincia, ni de los muchos que se ven obligados á emigrar para no perecer.

Sentiría morirme sin ver que los hambrientos se cobraban, y con réditos, todas las cuentas que tienen abiertas en el Haber del libro de la Injusticia.

Ar venir er día
yegan mis tormentos;
no me dejan dormir las campanas
que hay en el convento.

EL JORNALERO

La tierra se despereza blandamente mientras los rayos del sol jugueteaban entre las nubecillas antes de bajar sobre los tejados de las casas hasta alumbrar y dar calor á la miseria humana.

Son las cinco de la mañana.

En el establo vecino muge la vaca y en algún lugar cantan los gallos y las aves trinan.

Los ruidos del día comienzan. El traqueteo del carrito del lechero, acompañado del chocar de botes; el golpe dado en la puerta con el diario de la mañana arrojado por la mano insegura del amodorrado niño repartidor de periódicos; los ¡jupa! del vecino carretonero que pega el tronco al carro, y el piafar y resoplar de sus caballos; el crujir de la leña que alguien parte para preparar el almuerzo; el escándalo de los trastos de cocina chocando entre sí en el apresuramiento de la hora; el trajín de los primeros tranvías de la mañana. Todo denuncia que el día comienza, y que es preciso levantarse.

Y muy á su pesar abre los ojos y hace impulso á sentarse el jornalero, el moderno esclavo. Pero su cintura envuelta se niega á doblarse. Ha pasado los días anteriores encorvado sobre la palai

ó arrancando con el pico terrones suficientemente grandes para complacer la exigencia de los amos, á cambio de algunas cuantas monedas.

Quisiera dormir más; siquiera una hora, hasta las seis. ¡Le duele tanto el cuerpo!

Pero en su mente se levanta el fantasma económico. La renta de la casa se echa encima; la compañera necesita zapatos, y alguna cosa que la abrigue del frío; ¡tose tanto!; la niña desmejora por la pobreza de la leche materna, y urge alimentar mejor á la madre, que á su vez sufre vértigos por falta de alimentos substanciosos; el frío aumenta y el carbón disminuye; las mermadas provisiones escasamente alcanzarán hasta el día de la *raya*. Precisa levantarse é ir al trabajo, aunque las manos estén doloridas é inflamadas á fuerza de oprimir el mango de la pala ó el cabo del pico; á pesar de que los pies estén hinchados por causa de las prolongadas horas de estar sin sentarse, como por las caminatas largas que se ve forzado á hacer á pie al ir al trabajo, para ahorrar el *cinco* del tranvía.

Las fatigas de uno y otro día, reunidas, le han atacado los riñones; y la mala alimentación, unida el exceso de trabajo, le han desgastado.

Su cuerpo implora descanso, enviando al robusto patrono que á esas horas ronca estentóreamente, durmiendo con la tranquilidad que presta una despensa bien provista y todas las necesidades satisfechas.

Quisiera dormir más, siquiera una hora; hasta las seis; pero el fantasma económico le recuerda que es la hora de alistarse para ir al suplicio diario que nosotros mismos nos imponemos, por no saber unirnos y rebelarnos contra los holgazanes que nos explotan.

Y es preciso levantarse, porque ya la tierra se despereza blandamente mientras los rayos del sol juegetean entre las nubecillas antes de bajar sobre los tejados de las casas hasta alumbrar y dar calor á la miseria humana.

ENRIQUE FLORES MAGÓN

Mercedes (California).

Oriya del río
sus penas yoraba
er pae cura, por que se le ha ido
de pira su ama.

La infamia sectaria

No cesa de cebarse en los ministros del Altísimo, llegando á unos extremos que espantan por la perversión que revelan.

En Alessandria (Italia) ha llevado al banquillo de una Audiencia al párroco José Ariotti, que ejercía en Nizza Monferrato.

¿Acusado de qué? De haber repetidas veces cometido actos inmorales en 1908, con abuso de confianza y de relación doméstica, en una niña de siete años, llamada Elena Dionissotti.

De haber procurado un aborto, mediante medicinas y actos mecánicos, á su señora ama, Margarita Grandí, de treinta y cinco años de edad.

Y de adulterio, por ser casada Margarita.

Margarita á su vez tuvo que responder de lo siguiente:

De haber favorecido las intimidades del ministro del Señor con la niña Elena, siendo su madre, y presenciándolas, según ha declarado su hija.

De haber en dos ocasiones provocado el aborto.

Y de adulterio.

Probados los hechos, y que además el padre de almas había sido condenado anteriormente por actos sodomíticos sobre cuatro menores, y que varios jóvenes de Nizza Monferrato habían sido más tarde perforados por él, el Tribunal, sin tener para nada en cuenta su carácter sagrado, le ha condenado á veinticuatro años de reclusión, y á la señora Margarita á veinte.

Y dígaseme si no horroriza el ver que por tales insignificancias se prive á un sacerdote durante un cuarto de siglo á no desayunarse con el cuerpo y sangre de Cristo, desayuno que tan poderosamente debe influir en la moralidad del clero.

¡Malditas sean las escuelas laicas, causa principalísima de que la virtuosa clase sacerdotal se vea perseguida y castigada de este modo!



Medida oportuna

Llegaron al Brasil algunos frailes de los expulsados de Portugal, y los naturales, indignados, comenzaron á celebrar manifestaciones y mítins anticlericales para oponerse á la invasión.

En uno de los mítins, un orador, recordando los años de tiranía y de Inquisición que sufrieron antes de ser independientes, propuso que se condenase á los jesuitas, si osaban poner su planta en territorio brasileño, á vivir en los bosques con los animales que en ellos habitan (por lo visto no pertenece el orador á la Sociedad protectora de animales) sin más equipaje que la sotaña y el bonete, añadiendo:

«Nosotros estamos ya emancipados y hemos pasado ya por la tortura bautismal. Ahora, que vengan á catequizar las serpientes, si pueden.»

La proposición circuló por todos los Estados que componen la Federación brasileña, y tal fué la corriente de opinión favorable á ella, que el Gobierno ha dictado una orden prohibiendo la entrada en el Brasil á todos los jesuitas procedentes de Portugal.

Doy mi parabién á los brasileños por esa orden que impide en absoluto la entrada; porque si llegan á entrar, aun cuando los hubieran desterrado á los bosques, perdidos estaban. Después de catequizar animales y serpientes, hubieran pretendido explotarlos y degradarlos á ellos.

Y sin no, fíjense en lo que hacen en España; catequizar animales (de la especie clerical) y serpientes (beatas) y las lanzan luego sobre los hombres decentes y progresivos.

Obejitas blancas
y er praíto verde,
y er pastor negro que maneja el hato
las deja sin pieles.

La lucha por la vida

Es un hecho general é incesante. Bajo la aparente calma de la más hermosa campiña del bosque más ameno, del estanque más tranquilo, la lucha persiste feroz é implacable. Hay algo de singular en esa guerra sin tregua y sin cuartel que no se detiene un punto y que arma al animal contra el animal y á la planta contra la planta. Y es más extraño todavía considerar que de ese desorden perenne nacen las armonías del mundo organizado, cantadas por los poetas y admiradas por los pensadores.

Fácilmente se concibe que el mayor número de combatientes deben perecer en esa lucha, y es imposible atribuir la victoria de los supervivientes á un azar milagroso, pues la deben sólo á ventajas especiales de que carecían los vencidos. La lucha por la existencia produce la muerte de los individuos inferiores y el triunfo de aquellos que, por una particularidad cualquiera, gozan de superioridad relativa. Es lo que hemos convenido en llamar *selección natural*.

CARLOS DARWIN

Corre, Amadeo Cerngetti, corre. Y si quieres tener alguna probabilidad de no ir en tu tierra á la cárcel, vente á España. Aquí, diciendo que eres secretario del Banco católico de Terro, y administrador del periódico clerical *La Voce delle Marche* encontrarás muchos protectores. Y doblemente cuando los enteres de que has estafado 150.000 liras.

¡A España, pues, á España, tierra de promisión para todos los verdaderos católicos que roban! Mira que si no va á ocurrirte lo que al gerente de ese mismo periódico que administrabas, y que está enchiquerado por hurto sacrílego.

CIENCIA Y RELIGION

POR

MALVERT

85 grabados.—Precio: 1 peseta.

“EL MOTIN ECLESIASTICO”

(RESERVADO AL CLERO)

A un fraile y á muchos, para ellos y para otros

Rdo. P. Fr. Antonio del Río,
carmelita descalzo, de Córdoba

Salió usted de la Orden y dejó los hábitos... todos los hábitos, es un suponer; cosa asaz difícil.

¿Y ahora qué? Ahora viene la más negra: el desequilibrio de su conciencia con la conciencia social, en el aprecio de ese acto de usted.

Usted, si ha procedido como yo quiero suponer, según veremos, por arrastre de una conciencia bien formada, ha debido pasar una odisea espiritual, sólo comprensible para quien ha atravesado este Niágara en la profunda noche del aislamiento y soledad de espíritu.

Y usted creyó quizás que todo el universo estaba contemplando maravillado esta lucha de usted, y que, en el acto de decidirse, estallarían aplausos ensordecedores que conmoverían las esferas. Pero, no, amiguito: esos aplausos se guardan para los teatros.

Cuando el público ve la decisión de *El Apóstata*, de Aladern, el final de *El Místico*, de Rusiñol, ó la desesperada sumisión de Paquito en mi *Paternidad*, rompe en frenético aplauso porque está de humor para ello; aquello es la comedia. Pasa en esto lo que con ciertos retratos: el público admira el cuadro y lo cotiza á precio de millares de libras esterlinas, en tanto que no da un céntimo por el original. Esto le pasó á Cristo; por él dieron treinta duros; los Caifases de ahora no darían tanto, pero pagan muchos miles por sus retratos y estatuas. El público paga gustoso cinco pesetas de entrada para ver una tragedia de la miseria, pero no halla en su bolsillo un céntimo para dar al miserable que acaso haya servido de tipo al protagonista.

Hemos hablado de Verdaguer... El público ignorante ha dado en creer que Verdaguer es el tipo de *El Místico*; esta falsedad ha sido causa principal del éxito que ha obtenido el drama. Pues bien: con una parte de lo que ha producido el falso personaje dramático, Verdaguer habría tenido para no morir de hambre, de vergüenza y de asco en su pueblo. Para el Verdaguer real y positivo nadie tenía una peseta; el ficticio se hace rico.

El que fiado en los aplausos del público y de la prensa ú otros, se deshace del hábito creyendo merecer igual acogida, se lleva chasco. A esta odisea espiritual, el público la designa con una frase de risa: «colgar los hábitos»; Aladern saluda al héroe con la ingrata palabra «apóstata», que excluye lo sublime del acto para exhibir lo que en ciertos casos tiene de repulsivo; y un escritor francés muy en boga y que se cree pensador de altura y hombre de criterio, suele llamarle «renegado».

Yo me he hecho algo sordo á las insolencias del Diccionario y he aprendido á hacer rebotar las palabras gordas; pero no todos son así. Muchos al oír

una palabra se asustan como de un disparo de cañón hecho de improviso al oído. Así es que cuando oigo esas palabras, hácenme el efecto contrario; traduzco en ellas esta frase del que las dice: «soy un mentecato... ó un canallica; no sé lo que me digo, ó no sé cómo ultrajarte».

Eso está mal... muy mal; pero es uno de los entuertos de esta pobre humanidad que ansía hacer volar el cuerpo y seguir con el alma arrastrada.

Y esto le pasará á usted: se hallará en discordancia con la sociedad en ese punto principal y culminante de su vida; será héroe delante de su conciencia y payaso ante la vista de los otros. Y si acaso se queja de esta falsa perspectiva, en vez de interesarse por su causa, se encogerán de espaldas como diciendo: «¿y á mí qué me cuentas? ¿por qué te metiste?...» El mundo es así; el sentido común social es privilegio de unos cuantos á estilo de madame Zola, la primera que ha penetrado la terribilidad de estas situaciones y que ha abierto campaña en favor de estos infelices peregrinos.

Entre, pues, en la realidad perfecta, prosaica é injusta. La humanidad anda muy retrasada en estas cosas.

Y sobre todo, no caiga en la tentación de creer que esta injusticia la ha fabricado la sociedad expresamente para los clérigos emigrados de la Iglesia; es ésta una ilusión fatal.

¡Cuántas odiseas se verifican en el seno de las familias, sobre todo en las clases desvalidas! ¡Con cuánta refinada injusticia é indiferencia pasa la sociedad cabe el moribundo caído en la acera, ó junto á la madre que se ha lanzado á la calle á mendigar un bocado de pan para su hijo enfermo!... ¡Cuánto podría decirse y escribirse sobre estas injusticias!

Pero el exclérigo, acostumbrado á la irregularidad y al privilegio, no sabe explicarse que á su paso dejen de besarle la mano los chiquillos y omitan el descubrirse las gentes. Siéntese él ministro de Dios, cuyas huellas besan los ángeles. No se ha humanizado todavía: no sabe mirarse sin sotana: el clérigo que antes se daba por agraviado si no le cedían la presidencia en todas las cenas y en todas las tertulias clericales, cree que van á cedérsela los anticlericales... ¡No, no! no es así, ni debe serlo. Está degradado de aquel privilegio, y toda su grandeza y mérito está en haberlo renunciado, no para restaurarlo en otro sitio y para continuar disfrutándolo.

¡Simple hombre! sin aspirar á más... y ojalá que logre esto, que no lo logrará en el mundo de botarates en que vivimos.

He dicho sin aspirar á más, y ahora he de añadir sin aspirar á menos.

Debe emplazarse en el centro de la humanidad, y así como no debe come-

ter la majadería de pretender privilegios del grado de que se degradó, tampoco debe consentir que se le degrade de la dignidad de hombre que con tanto sacrificio ha conquistado. Y el que le degrade de ese grado, clerical es hasta las cachas, clerical idiota sin saber que lo es, y como tal idiota clerical debe ser reputado y medido, aunque le parezca otra cosa.

En algunos pueblos es poco menos que imposible llegar á establecer el equilibrio este entre la conciencia popular y la del sujeto; las gentes están enfrailadas hasta los tuétanos, y cuando se creen desenfrailadas, llevan el rabioso fraile dentro.

Esta majadería social coloca al sujeto en una posición molesta y á veces punzante. El quiere humanizarse, pero la sociedad sigue viendo en sus pupilas al clérigo dibujado por alucinación. Si acaso ejecuta algún acto clerical, el espectador prorrumpe interior ó exteriormente: «ahí está el clérigo»; y si acaso dice ó hace algo que choca á la moral clerical, por más que esté dentro de la moral humana y de la corrección social, el público beato se escandaliza, y el liberal que no se ha libertado de sus legañas, exclama: «¡paya un fulano!» Es decir: el público lleva la sotana metida en la retina, sin haber otro medio de quitársela que arrancándole los ojos.

Así se encontrará saltando de Pinto á Valdemoro, una vez clérigo por lo de adentro ó por lo de afuera, y otra vez hombre por lo de afuera ó por lo de adentro, cayendo probablemente en el charco de los odios de unos y de los desdenes de los otros, necesitando una gran paciencia y no menos circunspección para irse educando á sí mismo é ir educando á los que le rodean.

El que se halla metido en este fregado, necesita una suprema secenidad de juicio para discernir las circunstancias ambientes y su propia energía, á fin de no ser arrastrado al abismo social de la abyección, ó no estrellarse en el choque, cayendo en el otro abismo de la misantropía.

Todas esas legañas sociales, al parecer hacen la humanidad insoportable.

Algo de este concepto procede de la quisquillosidad clerical y algo de la ineducación de los otros. Pero no debe mirarse así: la humanidad es siempre adorable, y más en sus ridiculeces de mono que en sus fantocherías de sabia. ¿Le parece poco linda y entretenida una función de muñecos automáticos? Pues... eso son los pobrecitos hombres, desde el Papa al último lacayo: desde la princesa á la fregona. Son maniqués movidos por hilos que llevan metidos medio por dentro y medio por fuera, sin más diferencia de los otros, que la que estos se creen moverse ellos, por no ver ellos mismos el hilo, y se creen hablar por sí cuando no son más que fonógrafos.

¿No es el Papa movido por los cánones de otros papas, por los chiflos de los pícaros áulicos y por los empujones de la etiqueta? He aquí una vida de títere, en toda la extensión de la palabra; títere padre de los otros títeres que él se ve forzado á mover por los tirones de aquellos hilos, haciéndole hacer de títere y de titiritero al mismo tiempo, sin libertad para dejar de moverse él y para dejar de mover á los otros, y

sin conciencia de su estado titiritesco.

Y si eso decimos del que *jugó a todos y no es de nadie juzgado* y que viene a ser el único diosillo de esta Titerilandia llamada en Geografía «planeta» ¿qué podrán dar de sí los otros titerillos de segundo, tercero, cuarto y quinto orden, que andan en continua camorra y pasan la vida dándose testarazos?

No hay, pues, que tomar demasiado en serio las cosas humanas, y aun suele ser buen tino el de ver lo cómico de lo trágico y lo trágico de lo cómico, para quedarse en un término medio y no reventar de un desternillamiento de risa ó de una invasión de llanto.

Lo dicho bastará para convencerle de que los aplausos con que el público de las galerías liberales aplaude el ahorcamiento de los hábitos, saben algo así como á cantos de sirena y á tentación del diablo. El pueblo se pirra por ver novedades y cosas raras: y por ahora es todavía raro este espectáculo del ahorcamiento indumentario, y más si se hace solemnemente, como debe hacerse para exaltación de la fe y provecho de las almas: y más si se hace con plácida alegría, que es lo que descocora á la Iglesia: ver que las gentes se rien fuera de su seno y no mueren rabiando. Pero una vez presenciado el espectáculo y descargado el tubo de la risa, ocurrele al público lo que á todos los bichos, según el latín: aquel: «*omne animal post risum tristatur*». Y acabada la risa, el espectador se va á su casa y el comediante se queda á la luna de Valencia. Mientras los espectadores, al acostarse, sueñan con la farsa escénica riendo las habilidades del artista, el pobre actor sueña que come, que es la única manera que tiene de comer: soñando.

Pongo el caso en lo pésimo, sin contar las bellas excepciones, raras como las hermitas de San Jorge, para preparar su ánimo á este desengaño, al cual mejor es resignarse gustosamente de antemano, que haberlo de hacer por fuerza y pataleando.

Usted me dirá si es posible que el pueblo sea así y que eso haga con los héroes... Sí, hombre, sí. Y esta injusticia no pasa sólo á estos héroes, sino á todos.

¿Acaso no lleva más gente al teatro la Bella Otero, que al Congreso el mismísimo rey de la oratoria? ¿Acaso ha oído Cajal por sus avances científicos, la centésima parte de los aplausos que recibieron *Bombita Chlco* y *Lagaritilla*? ¿Acaso el más sublime orador con el más soberbio párrafo de frases y gestos oratorios, despierta en los congregantes marianos la milésima parte del fervor entusiástico y frenético que despierta la Fornarina con un meneo de caeras? ¿Acaso se da á los grandes planes de Canalejas la mitad de los artículos, telegramas, comentarios, verso y prosa que se dedica á cualquiera verónica de un *mataor*? ¿Acaso se publican de la mismísima Virgen de Almudena tantos retratos y biografías como se dedican á cualquiera coupletista ligera de piernas y de ropas, y aun á cualquiera torero de mediana personalidad? ¿Acaso vieron Alfredo Calderón ó Verdaguer editados sus libros con la sexta parte del lujo con que está expuesto en la Puerta del Sol el Misal Taurómaco?

¡Paciencia, héroe mío! Si usted quería aplausos, haber adoptado mejor oficio y haber nacido hembra con poca aprensión y algo de formas.

Empero no hay que desesperar por esto. La seriedad de las obras y la corrección de conducta llegan á mover muchos obstáculos que iremos viendo, si usted tiene paciencia para seguir la lectura de estas *Cartas espirituales* de esta *Dirección Espiritual* deshacedora de frailes y desencantadora de Dulcineas monjiles.

S. PEY ORDEIX

Sobre modernismo

A los reverendos Padres y Hermanos en Cristo que me han preguntado y preguntan sobre el *deber de conciencia* en lo concerniente al *juramento especial* que el Padre Santo de Roma exige al clero contra las doctrinas modernistas, les digo:

1.º Pío X es un pobre viejete chocho, vecino á la muerte y al cual tenemos el deber de piedad de ayudar á bien morir. Y pues parece que se nos moriría de mala manera de no darle este gusto, *jurad y perjura* á estilo romano y jesuita, *con la reserva mental* de que todo se jura simplemente para no disgustar la chochez de un anciano.

2.º La Iglesia hace años que está dejada de la mano de Dios, y ahora, cansado de ella también la deja el diablo, y está loca de atar, y loca rabiosa. Y pues ahora pide furiosamente el juramento, haced lo que toda persona cuerda hace con tales locos: darles siempre por el morral y no llevarles la contraria hasta el momento de poderle dar el ramalazo para probar si el loco por la pena se hace cuerdo. Es deber terapéutico. Jurad, amiguitos, como juraríais en manos de una suegra loca.

3.º Es un principio de derecho: *fraungenti fides non est servanda*. Y pues el Papa, los jesuitas y sus archideliciosas Compañías, se han ciscado hace años en todos los juramentos de fidelidad al Evangelio, á Cristo, á los cánones, á la seriedad, á la dignidad y al sentido común, sin embargo de lo cual, juran y perjuran á diario... seguidles la cuerda los que no podéis romperla *sin grave incomodidad*, sabiendo que podéis hacer, por virtud de los cánones, con los juramentos en favor del Pontífice, el mismo *cisco* que él hace con los suyos en favor vuestro. Tal para cual.

4.º Aplicad al caso la doctrina de la Teología Moral, de *reserva mental*, de *juramentis pro joco*, de *juramentis comicis-dramaticis*, de *promissis Pierroti*, y las otras «que el reo no debe acusarse á sí mismo y puede jurar en falso»; de «los pecados cometidos por *miedo grave*»; de que la necesidad de *salvando puchero* excusa pecado; de que el Papa no es dueño de crear preceptos como de soltar regüeldos, etc., etc., y por todo ello tendréis demostrado que podéis *tuta conscientia* pegársela al Padre Santo de Roma, como él se la pega á Cristo.

5.º Por fin, esta orden pontificia no puede ser ejecutada en España sin el pase regio. El obispo que sin tal requi-

sito la haga cumplir, incurre en las penas de extrañamiento.

Golpe de... Concordato

El Papa, sintiéndose tirano, acaba de decretar la amovilidad de los párrocos y la deponibilidad de los obispos. ¿Y á él quién le traslada y quién le depone? Porque al señor cura de San Pedro y obispo de Roma, va subiéndosele el humo á la cabeza y será preciso bajárselo.

Pero es el caso que esta medida revolucionaria pontificio-anarquista, que de nuestros venerables párrocos, arcipresbiteros, arcedianos y demás archipámpanos, hace unos miseros zascandiles pontificio-jesuitas; es el caso que esta medida ES CONTRARIA Á LA DISCIPLINA DE LA IGLESIA ESPAÑOLA, apostólica desde antes de nacer la abuela de don José Sarto.

Y este golpe á la disciplina de la Iglesia Española, es *contra el Concordato* y contra todo el espíritu que inspiran las leyes españolas, para cuya derogación, el Papa es *don nadie*.

El gobierno debe ser interpelado sobre esto; y si se hace *brazo secular de Roma*, como tal habrá que tratarle.

LIBRO NUEVO

Espejo moral de clérigos

para que los malos se espanten y los buenos perseveren,

Ó SEA

RECOPILACION ESCOGIDA

DE LOS CÉLEBRES Y ODRIFICOS

Manojos de flores místicas

PUBLICADOS EN "EL MOTÍN"

POR

JOSÉ NAKENS

UNA PESETA

EL TORMENTO EN LOS CONVENTOS

POR

FRAY GERUNDIO

Con prólogo de José Ferrándiz y epílogo de José Nakens.

PRECIO: UNA PESETA

A los suscriptores y corresponsales á EL MOTÍN se les rebajará el 25 por 100.

Se enviará además 25 céntimos para el certificado.

El milagro del santo

Otilia Fuensanta Sevillano, habitante en la calle de Jaén, es una viuda de cincuenta y seis años que vino á Linares con dos hijas de dieciséis y nueve años, respectivamente, llamadas la primera Estrella y la segunda Gertrudis; hace dos años que residen en esta ciudad, y proceden de un pueblo de la Vega de Granada llamado Atarfe.

El difunto esposo, cuya muerte hace nueve años llora la Fuensanta viuda, era en el orden político partidario irreductible de las teorías político sociales del que en vida llevó el nombre de Fermín Salvochea, y de este hombre conservaba un busto fotográfico de 98 por 66 centímetros, colocado en un cuadro con marco dorado de 9 centímetros de ancho. Otros cinco cuadros, representando diferentes santos, servían de adorno en la única habitación que constituía el refugio del difunto admirador de aquel célebre demagogo.

Hace poco tiempo cayó enferma la joven Estrella, con un infarto del hígado, enfermedad que la ha tenido sesenta y ocho días en el lecho del dolor, sujeta al tratamiento del médico de casa, sin olvidar las plegarias de su devoción dirigidas con místico recogimiento á uno de los santos representados entre aquellos cuadros.

Confiaba ella más en el milagro del santo que en la eficacia de la ciencia médica para la salvación de su hija, y toda su ociosidad doméstica consagraba á las prácticas religiosas ante aquel santo bendito, en quien tenía ella una confiada esperanza de que devolvería á la enferma la salud perdida.

El milagroso San Trifón que representaba el cuadro de la predilección fanática de la viuda, según le había dicho su difunto esposo, fué objeto de la veneración estática de esta afligida madre, por todo el curso de la enfermedad de su Estrella, hasta el punto de no faltarle una vela encendida todas las noches.

La ciencia médica, cristalizada en el tratamiento suministrado á la paciente con tanto acierto, vino á arrancarle á la muerte esta vida que ya se disputaba ella por suya con porfiado empeño.

Estrella abandonó un día el lecho, y el alma afligida de aquella buena madre respiró llena de alegría dando rienda suelta á demostraciones inequívocas de un regocijo frenético.

Con estos propósitos ingenuos y santos, un día convidó á una rosetada nocturna á toda la vecindad; y dispuestos á celebrar la mejoría de Estrella y á comer rosetas humedecidas con caldo de uva, se presentaron á las nueve de la noche en su casa de veinte á veintidós personas, el 24 de Octubre, día de San Rafael.

Cuando la enorme sartén de rosetas ocultaba la luz de este manjar tras del horizonte estomacal de aquellos heliofóbulos entusiastas, quiso uno de aquellos varones saber cuál de los santos que representaban aquellos cuadros era el que había realizado el milagro de la curación de la bella Estrella.

Otilia, ebria de alegría, rebotante de júbilo, pletórica de satisfacción, se levantó de su silla, se dirigió al santo que simbolizaba el santo de su devoción, le

cogió por su parte inferior, y descolgándolo de su sitio, inundó el busto de ardientes besos.

—Este es el glorioso San Trifón, el que ha salvado á mi hija, y á quien he prometido dos misas en la Iglesia de San Francisco el domingo por la mañana—decía con acentos efusivos de visible exaltación religiosa la excelente viuda.

—A ver, á ver el santo—dijo un niño de catorce años que servía de auxiliar al maestro de una escuela.

El rapazuelo tomó el cuadro, lo examinó atentamente, y al observar que en el centro de la parte inferior se notaba una tirita de papel que empezaba á despegarse, y que ostentaba el mismo color del lugar del cuadro donde estaba pegado, la arrancó de un tirón irreverente, y leyó este nombre en medio de la estupefacción general: *Fermín Salvochea*.

Los asistentes soltaron el trapo de una carcajada prolongada, celebrando el chasco con algunas agudezas, y la buena de nuestra viuda, corrida y avergonzada de haber estado más de dos meses de rodillas ante el terrible revolucionario, manifestó que ella no sabía leer, y que su marido le había dicho siempre que aquel busto era el de un santo muy milagroso llamado San Trifón.

Las cuatro pesetas que la viuda había destinado para misas, las empleó en otra rosetada para los concurrentes al día siguiente, que fué finiquitada con un gran baile que duró hasta la madrugada.

EL HERALDO DE LINARES

Compañera mía,
yo no sé que tiene
er pae cura, que anda con muletas
y apenas se mueve.

Carabinas de Ambrosio

En varios conventos portugueses se han encontrado circulares como la siguiente, en las que con lápiz azul habían escrito: *Contestada*:

«Armas de caza.—Revólvers de todas clases.—Objetos grabados.—Cuchillería.—Artículos para peluqueros.

Casa en Bilbao.—Ascao, 9.

†

J. H. S.

Aranguren y Compañía.
Fábrica de armas de fuego.—Plasencia (Guipúzcoa), 8 de noviembre de 1909.—Reverendo prior de la Comunidad de...

Muy respetable señor: Siendo varias las Comunidades religiosas que se nos han dirigido en demanda de armamento para custodia de sus conventos, nos permitimos dirigirnos á usted por si se hallare en necesidad de ello, fijándole á continuación los precios más limitados, puesto el género sobre vagón, franco en esta estación.

Con tal motivo nos es grato ofrecerle de usted y de esa Comunidad afe-

tísimos seguros servidores, q. s. m. b.,—Aranguren y Compañía.

Tercerola modelo Ejército de 1 abrazadera, calibre 11 milímetros, 12 pesetas.—Carabina modelo Ejército de 2 abrazaderas, calibre 11 milímetros, 15 ídem.—Carabina modelo Ejército de 3 abrazaderas, calibre 11 milímetros 20 ídem.—Fusil modelo Ejército de 3 abrazaderas, calibre 11 milímetros 25 ídem.—Bayoneta corta, 1, 3 ídem.—Tercerola Winchester, calibre, 44. 20 ídem.

Podemos suministrar también toda clase de cartuchos cargados de la Unión Española de Explosivos, á los mismos precios que en las expendurías.

Copio esas circulares, para que se convenzan mis compatriotas de que tenía yo razón al venir diciéndoles desde hace años que había armas en los conventos; no por creer que, llegado el caso, les sirvan para nada á sus poseedores.

El día que el pueblo se decida á hacerles una visita de atención, resultarán de Ambrosio todas esas carabinas.



Un alcalde de un pueblo de Andalucía ha encarcelado á varios niños por gritar en sus juegos: ¡viva la República!

Vacilo entre llamar á eso pollinada ó alcaldada; pero mi natural respetuoso me impide emplear palabras de tan grueso calibre.

Por lo tanto, me limitaré á llamarlo *borricada y guarrada*.

Bibliografía

La Revolución Portuguesa, por José Brissa. La Casa Editorial Maucci de Barcelona acaba de publicar este completísimo libro, que contiene cuanto se refiere á tan importante suceso histórico.

Después de un ligero resumen de los principales hechos de la casa Braganza y de las causas que ocasionaron el regicidio de Carlos I, relátase los preparativos revolucionarios llevados á cabo por los prohombres de la República, la muerte de Dos Reis y el esfuerzo supremo del bravo oficial de la marina portuguesa Machado dos Santos, que inició el triunfo de la causa defendida por los libertadores de Portugal.

Los momentos trágicos de la revolución están descritos según relatos de testigos presenciales, con toda la conmovedora grandeza del movimiento republicano.

La expulsión de las órdenes religiosas, las anécdotas y detalles íntimos de la familia Real, su destierro y el abandono en que sus adeptos les dejaron, etc., son otros tantos temas que dan al libro todo el interés y emoción de la realidad.

Son bellísimas las ilustraciones de esta obra: vistas de barricadas y efectos de los proyectiles, campamentos de tropas revolucionarias que más se distinguen, é infindad de notas curiosas fotografiadas y que resaltan con todos sus detalles por estar impreso el libro en magnífico papel satinado.

Un volumen de 320 páginas con artística cubierta en colores, original de Navarrete, y 135 grabados, 2 pesetas.

(FOLLETÓN 79.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

POR
OFFENBACH

que es aritmética, lo más claro y exacto de que el hombre puede valerse en sus razonamientos, véase, examínese lo que come, lo único que los salarios y precios corrientes le permite comer, el hombre, especialmente el trabajador, en la monarquía española, y díganos el lector si hemos incurrido en equivocación ni en exageración al decir lo que hemos dicho antes.

No; no puede ser que la alimentación de los españoles que en todos conceptos imperaban en el mundo hace tres ó cuatro siglos fuese lo deficiente y mala que es actualmente. Fuese lo que fuese, seguramente era en cantidad y especie, la que demandaban los tiempos, las circunstancias, los individuos y las empresas que estos acometían. Ahora, ahora hacen los señores del reino con los ciudadanos lo mismo que la nación vino haciendo con las colonias: estrujarlas y exprimir las, y después... allá se las hayan. Son relativamente pocos en aquella monarquía los hombres que piensan en que las personas, lo mismo que las cosas, no pueden dar de sí más que determinada utilidad, en determinado tiempo y mediante tratamiento determinado. Y donde más claro se suele ver esto es en las operaciones militares. Así se vió, por ejemplo, en Cuba. Mientras el soldado no caía rendido de fatiga, caminaba; mientras no clamaba por comer, no comía; ni dormía mientras podía tenerse en pie, aunque en pie dormía muchas veces.

Verdad es que no todos los jefes seguían tal sistema. De algunos sabemos (y uno nos parece que se llamaba Jiménez Castellanos, ó cosa así) que decían que eso no podía ser; que en el hombre, en el concepto material, y por tanto, en el soldado, hay que considerar un organismo que no puede dar de sí todo lo que se le pida hasta que diga «no puedo más», sin echarlo á perder, sin dejarlo inservible. Que, por excepción, y en caso de soberana necesidad, se le puede exigir alguna vez un esfuerzo excesivo; pero que de ordinario, lo mismo que en tiempo de paz, en el de guerra, hay que alimentarlo, y darle descanso, y cuidarlo, defen-

diéndolo como sea posible de la intemperie, para que conserve todas sus fuerzas, toda su energía, toda su potencialidad táctica, y también para que, como simple individualidad, se conserve activo y sano, pues cabalmente en la edad que generalmente tienen los soldados, es cuando menos son de esperar y de temer las mismas dolencias de que, sin embargo, tanto suelen llegar á padecer. Y, efectivamente, nos parece recordar que en las fuerzas que en el Departamento Central de la Isla de Cuba estuvieron al mando del citado general, no hubo bajas por enfermedad tan numerosas, relativamente, como en otras, y siempre estuvieron en aptitud física, en aptitud material, de emprender eficazmente operaciones en el momento de darle orden al efecto.

Pues bien; los simples ciudadanos son como soldados de la paz. Las operaciones que con ellos se ha de emprender no son marchas, ni asaltos, ni degollinas; son siembras, siegas, minería, acarreo, manufacturas, construcciones, etc., etc., etc., que requerirán otro estado de ánimo que el del soldado; pero el organismo exige siempre alimentación proporcionada al trabajo, sea este trabajo el que sea, porque siempre consiste en lo mismo (no hablamos del mental), siempre equivale á cierto peso elevado á cierta altura, ó á cierto número de calorías (calor desarrollado), y siempre para producir éstas hace falta determinada cantidad de ingredientes suministrados por determinados alimentos. De manera que, como se puede decir que las piernas de una nación son las llamadas clases del pueblo, evidentemente la monarquía española es, como ya tenemos dicho, una monarquía tullida, sin que esto quiera decir que se alimenten bien las otras clases, también trabajadoras, porque también están miserablemente alimentadas, pues los impuestos y el despilfarro gubernamental han encarecido la vida de tal modo, que nadie, como no sean los señores del reino, puede alimentarse allí lo necesario.

CAPITULO XLV

EN QUE, BIEN Ó MAL HECHO EL DIAGNÓSTICO, HAY QUE DECIR ALGO DEL PRONÓSTICO, QUE, DESPUÉS DE TODO, ES LO MÁS INTERESANTE.

Resulta de lo que dejamos dicho, que hay caso que podemos llamar científico y caso clínico. Este, el clí-

nico, es evidentemente grave, muy grave, mas no mortal de necesidad. ¿Pero y el otro? Porque de poco serviría, por ejemplo, operar la joroba y vigorizar las piernas de la monarquía española, si el desorden nervioso de que primero hablamos persistía. De modo que volveremos á preguntarnos en resumidas cuentas: ¿tiene ó no tiene remedio la tremenda degeneración de dicha monarquía?

A esto podría contestarse, desde luego, que si las determinaciones del organismo son inapelables, y si en psicología y fisiología no hay que contar con algo que esté lejos, muy lejos del bisturí, fuera, muy fuera del microscopio, entonces la monarquía hispana está resueltamente perdida. Será histeria, ó será locura moral, ó será otra cosa su dolencia, pero lo que sea tiene todas las apariencias y señales de científicamente incurable.

Hablando de esto con Zaratrústa, nos decía que el positivista tiene que aceptar ese pronóstico, mas no el patriota. El patriota, decía él, puede y debe renegar del presente de su pueblo, si es tan miserable como este *presente se presenta* en esta monarquía, pero no ha de desesperar nunca del futuro. Cuando menos, ¿quién asegura que aun cuando España hubiese concluido para siempre como nación fuerte y temida, ha de renunciar á ser culta y respetada? Si cabe resistirse y aun sustraerse á ciertas invasiones morbosas de las que parecen más inevitables, ¿por qué no ha de poderse hacer lo propio con las tendencias ó propensiones raciales, ni cómo no ha de ser relativamente fácil corregir cuanto sea efecto, no ya de la herencia, sino solamente de la mala educación ó de una mala costumbre?

Es de advertir que últimamente á Zaratrústa le había tocado en suerte presenciar una catástrofe que le había impresionado mucho, determinando en su positivismo filosófico y científico un brote de espiritualismo, que él, sin embargo, mantenía dentro del campo positivista, pues no reconocía la existencia del espíritu tal como generalmente se entiende este supuesto, sino de algo á que él llamaba simplemente «lo otro», para diferenciarlo de la materia tal como ésta nos es conocida.

Iba, en efecto, una vez nuestro sabio amigo paseando de mañana por los alrededores de París, cuando vió á lo lejos, del lado de Gonesse, un